

Konrad ayuda a su abuelo a cuidar de las colmenas. Entre los dos van explicando de forma amena las interesantísimas costumbres de las abejas a lo largo de todo el año.

Como los libros *Siete cuentos de peces*, del doctor J. López, y *Panda*, de Gloria y Dr. Vam, el autor de *Konrad y las abejas* es también un científico enamorado de los animales.

Se encuentra en este libro información exacta y poco conocida, además de una lectura atractiva e interesante.

Ilustraciones y cubierta de Pierre Monnerat.

Para niños a partir de 10 años.

JAKOB STREIT
**KONRAD
Y LAS ABEJAS**



Juventud





SUEÑO INVERNAL

Encima del tejado de la colmena había una gruesa capa de nieve. El viento invernal soplaba gélido y lanzaba los blancos copos a través del ramaje de los desnudos árboles. En el acogedor cuarto de estar de la casa de labranza, el pequeño Konrad apoyó la frente en el cristal de la ventana para contemplar mejor los remolinos que formaban los copos de nieve.

—¡Fíjate, abuelo! —exclamó ilusionado—. Los copos de nieve son parientes de las abejas, que en verano también revolotean de manera parecida.

—Quizá sí —llegó la contestación desde el caliente rincón de la estufa—. Puedes llamarlos abejas de invierno si quieres, pero no podrás untar el pan con su miel.

Apenas Konrad percibió la broma del abuelo, una poderosa ráfaga de viento arrancó del tejado de la colmena una nube blanca.

—¡Mira, abuelo! El vendaval quiere llevarse el tejado, para que las abejas de verano bailen con las de invierno.

Desde la estufa llegó la tranquila respuesta:

—La colmena es resistente. Yo mismo la clavé. No hay cuidado de que se desmonte.

—¿Y qué hacen ahora las abejas, abuelo? ¿No notan cómo sopla el viento?

—Descansan, Konrad, y permanecen todas muy juntas. Cada abeja se arrima a la otra, para darse calor, y en medio de ellas está la reina.

—¿No pasan hambre si despiertan y no pueden visitar las flores?

—¡Nada de eso! —dijo el abuelo—. En algunas cámaras tienen almacenada la miel del verano pasado. Cuando despiertan hambrientas, toman una gotita, y luego vuelven a descansar.

—¿No sienten frío si la temperatura es tan baja y tú no les calientas la colmena?

—Has de pensar, mi querido Konrad, que en las gotas de miel del verano se esconde mucha luz del sol, que ahora en invierno calienta sus cuerpecillos y hasta en la casa de las abejas extiende su calor. De vez en cuando sucede que una abeja ya vieja muere durante el invierno. Entonces, las demás la sacan al exterior cuando el tiempo lo permite. Y desde la piquera, la pequeña plataforma que hay delante de la colmena, cae al suelo cubierta de nieve.

Si pasa un pájaro que no logra encontrar gusanitos a causa del frío, la picotea y se la come. Pero a las abejas no les gusta originar problemas a sus hermanas. Es frecuente que, cuando una nota que va a morir, se aparte del calentito grupo. Se arrastra como puede hasta la salida y, con sus últimas fuerzas, echa a volar hacia la nieve y se entierra a sí misma en la blanca tumba.

—¿Y la puertecilla de delante no ha de quedar cerrada durante el invierno, tan largo y frío?

—No. Es necesario dejar una pequeña rendija abierta, que permita el paso de una abeja. Si el enjambre es grande, hay que abrirla un poco más. Por esa abertura les entra aire limpio. Ten en cuenta que las abejas también respiran en invierno. Nunca hay que tocar las puertecillas. ¡Podría asfixiarse todo el enjambre!

—Oye, abuelo... Un enjambre así, ¿puede morir como... como una persona?

—Sí, si la reina muere, Konrad. Sin ella, las abejas no pueden resistir mucho. Empiezan a morir una tras otra, y la colmena se convierte en un depósito de cadáveres...

”Pronto será Pascua, hijo. Entonces te dejaré acompañarme a la colmena. Verás como abro la puerta posterior de cada caja y llamo a la ventana con los nudillos. Si escuchas bien percibirás el sonido que se produce dentro. Un breve zumbido de las alas significa una buena noticia: que la reina vive. De haber muerto durante el invierno, las abejas responden a la llamada con un sonido largo y triste, como si lloraran. Un enjambre sin reina sobrevive poco tiempo, al quedar abandonado a sí mismo. Pero si hay manera de proporcionarle una nueva reina, se salva.

—¿Y de dónde salen las nuevas reinas?

—De eso te hablaré otro día. Creo que ya tienes

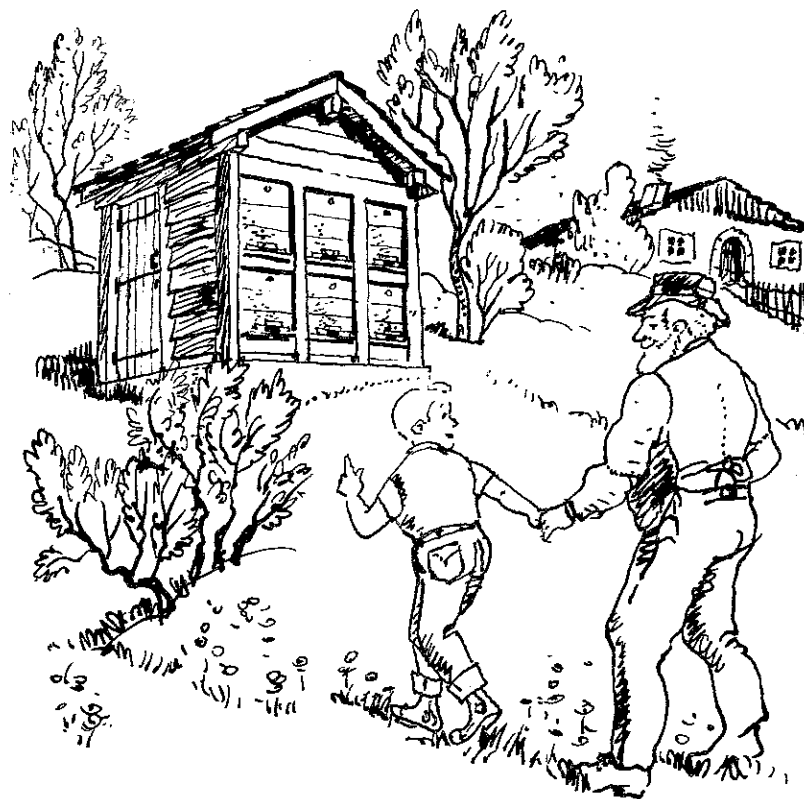
suficiente edad para ayudarme a cuidar de la colmena. ¿Te gustaría?

—Sí. Pero tienes que decir a las abejas que no piquen.

—Eso ya se verá —rió el abuelo—. Y ahora tengo que ir a la era; para remover el heno.

Con estas palabras abandonó la habitación. Konrad volvió a acercarse a la ventana y contempló la colmena, que se alzaba solitaria en medio de la nevisca y encerraba tantas maravillas. De repente corrió a la estufa, sacó los zuecos que había dejado y se los puso. Cubrióse las orejas con la gorra, salió de casa y, a pesar del viento y de la nieve, descendió hasta la colmena. Quería comprobar si, en efecto, todas las puertecillas permanecían un poco abiertas.

Y así era. Tal como había dicho el abuelo. Konrad pudo introducir justamente la punta del dedo meñique. El viento soplaba con helada fuerza a través de sus ropas, de manera que el niño volvió en seguida al agradable calor del hogar, con la ilusión de que su abuelo le explicara más cosas sobre las abejas y este año le permitiese ayudarle a ocuparse de ellas.



EL DESPERTAR

Era a finales de febrero. Sobre las tejas que cubrían la colmena se derretía la última nieve. En los campos, la tierra volvía a aparecer en forma de grandes manchas pardoamarillentas. Las diminutas campanillas blancas y verdes, las rompenieves, asomaban tímidas del suelo, y el sol lucía espléndido en el cielo azul.

Una suave brisa, llena de dorado resplandor, penetró hasta el enjambre por la estrecha abertura. En su oscuro y silencioso aposento, las abejas apenas se movían. Por

fin, el sol jugueteó con las antenas y las alas del animalito más cercano.

—¡Despierta, despierta...!

¡Huy, qué cosquillas! La pequeña cabeza se movió, las patas se estiraron poco a poco y, medio dormidas todavía, se encaminaron con torpeza hacia la salida. Sólo una vez fuera la abeja despertó del todo, cuando el sol exclamó riendo:

—¿Qué te ocurre, pequeña, que ni siquiera agitas las alas para saludarme?

—¡Ay, padre Sol! —respondió la abejita—. ¡Ya lo creo que te saludaré, pero antes debo comunicar a mis hermanas y a la reina que TÚ has vuelto y has transformado aquel mundo blanco y frío en algo muy hermoso!

La abeja desapareció rápidamente por la oscura puertecilla, zumbando de contento:

—Sssum, sssum, sssum..., ¡ha vuelto el sol! Sssum, sssum, sssum..., ¡el cielo está azul!

Pronto empezaron a vibrar diez, veinte, cien alas, y una alegre fila de veloces patitas tomó el camino de la salida. En la estrecha rendija de la puerta todo fueron empujones y volteretas, ya que por allí no podían pasar dos abejas a la vez. Cuando, una vez en la pequeña plataforma de vuelo, el sol las envolvió por fin, sus alas produjeron un zumbido aún más intenso y las primeras abejas empezaron a volar cerca de la puerta, cantando de alegría.

Aquellos días, Konrad acudía con frecuencia a la colmena, porque esperaba impaciente la primera aparición de las abejas. Y de pronto, al acercarse una mañana, descubrió las centelleantes alas. Su corazón latía con fuerza cuando alargó el cuello para ver qué sucedía en la plataforma de vuelo. Escuchó el prometedor zumbido y

tuvo una gran alegría al presenciar cómo las abejas brotaban de la piquera dando tumbos. Entonces observó que algunas se colocaban junto a la pared de madera de la casa y depositaban una manchita pardusca sobre la plataforma.

“¡Caramba! —se dijo—. Voy a preguntarle al abuelo si estas abejas ponen aquí sus primeros huevos.”

De pronto se fijó en que una de las abejas roía la pequeña puerta corredera de madera, sin duda para agrandar la abertura.

Konrad corrió al taller, donde el abuelo arreglaba una rueda de carro.

—¡Ven en seguida, abuelo! ¡Ven! —gritó, casi sin aliento, al mismo tiempo que le tiraba de la manga—. Las abejas no pueden salir bien de su casa. Muerden la puerta, y algunas ya han puesto unos huevos marrones... ¡Ven ahora mismo!

El abuelo se echó a reír y contestó:

—¿A ver si serán huevos de Pascua?

—Ven, abuelo —insistió Konrad—. Las abejas se romperán las alas y las patas contra esa puerta...

—Espera a que acabe de poner este clavo, y entonces iré.

Cuando ambos estuvieron en la esquina de la colmena, el abuelo señaló las diminutas manchas marrones y dijo:

—¡Mira! Si las abejas no expulsaran ahora esas gotitas de su cuerpo, enfermarían. Es un resto de la miel que tomaron durante el invierno y que ahora echan.

El abuelo se aproximó a la colmena y, con mucho cuidado, abrió un poco las puertecillas.

—Sólo las abro cosa de un centímetro, porque aún vendrán días fríos.

—¿También ha despertado la reina, abuelito? ¿Por qué no sale a tomar el sol?

—La reina no sale, Konrad. Ya está despierta, sí, y pondrá sus primeros huevos cuando los botones del avellano suelten un polvo amarillo al rozarlos con el dedo. Eso es harina dorada para las abejas, que la utilizan para formar unos panecillos chiquitines con los que alimentan a las larvas que han salido del huevo. También los sauces les proporcionan un primer pan de primavera. Por eso, las personas no debieran llevarse ramos enteros de flores de sauce para llenar sus jarrones, ya que pueden hacer pasar hambre a las pobres abejitas.

El abuelo emprendió el regreso hacia la casa, pero el niño prefirió seguir junto a la colmena. De súbito oyó un zumbido irregular. Vio como una abeja arrastraba a otra y caía con ella de la plataforma. Una de ellas remontó el vuelo, mientras que la otra continuaba en el suelo. Konrad se agachó con cautela para mirarla de cerca. Dado que no movía ni una pata ni un ala, sino que permanecía inmóvil de espaldas, comprendió que estaba muerta. La alzó cuidadosamente por un ala y la tomó en sus manos. ¡Qué poco pesaba! Como una pluma. El rígido cuerpecillo se había encorvado, y las patitas estaban encogidas. Las alas se veían transparentes. Konrad la dejó de nuevo en el suelo. En silencio se dirigió al avellano que crecía enfrente y agitó sus botones, pero estaban duros y no desprendieron polvo.

“Lo agitaré todos los días, así sabré cuándo pone la reina sus huevos”, pensó, a la vez que se dirigía lentamente al taller.



PAN DE SOL

Cuando las primeras campanillas sonaron en la brisa primaveral, en una sola noche se pusieron tiernos los botones del avellano. Konrad los tocó con un dedo, y quedó cubierto de polvo amarillo. Luego le pasó la lengua y probó la delicada harina.

“Ahora, la reina de la colmena pondrá los huevos —se dijo—. Voy a vigilar, porque quizá venga una abeja en busca de harina del avellano.”

Y el niño esperó junto al arbusto. En efecto, no tardó en oír un zumbido que pasaba por su lado, y ya vio una

abeja en uno de los dorados botones. Con toda agilidad, sus patitas arrancaban el polvo, y toda ella quedó totalmente cubierta de una reluciente capa. De repente, el insecto cambió de movimientos y empezó a cepillarse con las patas. Konrad acercó la cabeza, aunque sin respirar apenas, para no espantarla. Ahora descubrió que la abeja se depositaba todo el polvillo en las patas traseras, formando una especie de pantalones amarillos. Visitó otros botones, volvió a cepillar y producir una pasta y, por fin, pareció llevar puestos unos gruesos calzones. Con ellos volvió a la colmena. Konrad corrió tras ella, pero la abeja ya había desaparecido en su interior cuando él llegó. Entonces, el niño se dedicó a observar el vuelo de otras abejas. Muchas de ellas regresaban con esas bolitas doradas en sus patas traseras.

“¡Cuánto me gustaría probar ese pan de las abejas! —pensó—. Debe de ser muy bueno.”

Era divertido ver como las abejas salían a toda prisa por la negra puerta y, con frecuencia, pasaban sin miramientos por encima de la espalda de una compañera recién llegada. En ese momento partía una como una flecha, y atropelló a otra que volvía cargada de polen. En un instante, ésta perdió una de sus perneras, que cayó rodando sobre la pequeña plataforma de vuelo. La abeja desapareció en el interior con sólo una pata cubierta.

“La otra pernera será para mí”, se dijo Konrad, y se llevó a la lengua la yema del dedo índice, acercándola luego con cuidado a la madera. Tocó la bolita de polen, y ésta se adhirió a la húmeda piel. Lentamente retiró Konrad la mano y se metió en la boca aquel pan de sol. ¡Oh, qué rico! Tenía un sabor dulce, pero también había en él un gustillo ácido. Después de tragarlo subió loco de alegría a

la casa y penetró con gran ruido en la cocina, donde la madre distribuía la sopa en los platos.

—¿En dónde te metes? —preguntó ella.

—Hoy no necesito sopa, mamá —contestó el niño—. Ya he comido. ¿Sabes qué?

La mujer miró sorprendida a su hijo, sin acabar de entenderle.

—¡Tomé pan de sol! —exclamó Konrad, la mar de ilusionado, al mismo tiempo que guiñaba un ojo al abuelo.

—¡No me digas que lamiste los botones del avellano! —intervino éste.

—¡No, no! Me tomé un verdadero pan de sol, redondito y dorado. Lo pesqué cuando una abeja acababa de perderlo delante de la piquera.

—¡Caramba! —exclamó el abuelo—. ¡Pues sí que tuviste suerte, porque eso no se ve todos los días!

Durante el almuerzo, Konrad explicó cómo las abejas se llevaban la dorada harina de la pelusa de los botones, para formar con ella unos pantalones, y de qué manera tan graciosa rodaban unas por encima de otras en la pequeña plataforma.

Pero cuando el niño pidió el tercer plato de sopa, la madre repuso:

—¡Veo que el pan de sol abre el apetito!



LA PRUEBA

Un par de semanas antes de Pascua, el abuelo le dijo a Konrad:

—Acompáñame a la colmena. Tenemos que hacer una prueba para ver si la reina de cada familia ha sobrevivido al invierno.

Antes de entrar en la casita, observaron durante un rato el vuelo de las abejas.

—¡Fíjate, abuelo! —indicó el niño—. En aquella piquera de detrás casi no hay abejas.

—Ya lo sé —contestó éste—. Allí sucede algo. Bien

podiera ser que aquel cajón estuviera convertido en una casa mortuoria. Para una familia de abejas, la muerte de la reina es lo que para nosotros sería que, de repente, el sol se apagara. Tendríamos que andar a tientas por un mundo oscuro y acabaríamos muriendo de mala manera.

La llave de la colmena chirrió en la cerradura, ya que a lo largo del invierno se había aherrumbrado. Abuelo y nieto entraron. En el interior reinaba la oscuridad. Sólo cuando estuvo abierto el postigo pudo distinguir Konrad los numerosos departamentos que formaban los dos pisos. Cada cual tenía su número, y además llevaba colgado una pequeña pizarra en la que había signos, rayas y palabras.

—Mira, Konrad: éste va a ser el primer trabajo que hagas en la colmena. Limpia todas las pizarras. Ahora comienza un nuevo año para nosotros los apicultores, y cada familia debe tener su nuevo calendario.

Con estas palabras, el abuelo apartó la tapadera del primer cajón y retiró la paja que había protegido del frío a cada grupo. Debajo apareció una ventanita interior.

—Presta atención, Konrad. Ahora golpearé el vidrio con el dedo. ¡A ver qué respuesta nos dan las abejas!

A su suave llamada respondió un poderoso zumbido.

—¿Lo oyes? ¡Esta familia está sana y fuerte! La cubriremos de nuevo.

Varias veces obtuvieron la misma feliz contestación. En las familias grandes, el zumbido era más intenso; en las pequeñas, más débil. Konrad también obtuvo permiso para llamar, pero al llegar a la última ventanita dijo:

—Aquí hazlo tú, abuelo.

Apenas retumbó el tenue golpe contra el vidrio, se produjo dentro un débil gemido que parecía no querer terminar.

—¡Ay! —exclamó el abuelo—. El canto fúnebre... ¡Y era el grupo que mejor miel daba!

Permaneció agachado durante unos momentos, indeciso. Por fin se dirigió al niño, que había quedado muy cabizbajo, y dijo:

—Corre en seguida a casa, y que tu madre te prepare medio vaso de agua azucarada bien espesa.

Mientras el muchachito obedecía sus órdenes, el abuelo retiró la ventana del departamento y con una herramienta larga empujó a las abejas muertas hacia una pala. Cuando Konrad volvía, le oyó pronunciar estas palabras:

—Ahora agregaremos a otra familia las abejas que aún viven.

—¿Y no se matarán unas a otras? Una vez me dijiste que cada grupo tenía su propio olor, y que las abejas forasteras no eran admitidas por otros grupos.

—Y así es. Pero mira: tú me has traído agua azucarada, ¿no? ¡Pues fíjate! Ahora salpico el montoncito de abejas abandonadas, que ya no tienen reina. El azúcar hace que se les peguen las alas. Y entonces, con una pluma, las barro hacia el fondo de otro grupo. Cuando las abejas vigilantes se dan cuenta de la presencia de estas nuevas, zumban y quieren arrojarse sobre ellas para matarlas de un aguijonazo. Pero en cuanto notan lo dulces que son, se ponen a lamer sus alas y sus patas, la cabeza y el cuerpo. Encuentran agradables a aquellos seres abandonados y los aceptan en su reino como hermanas.

Konrad consideró muy curioso que, con un poco de azúcar, las enemigas se convirtieran en amigas.

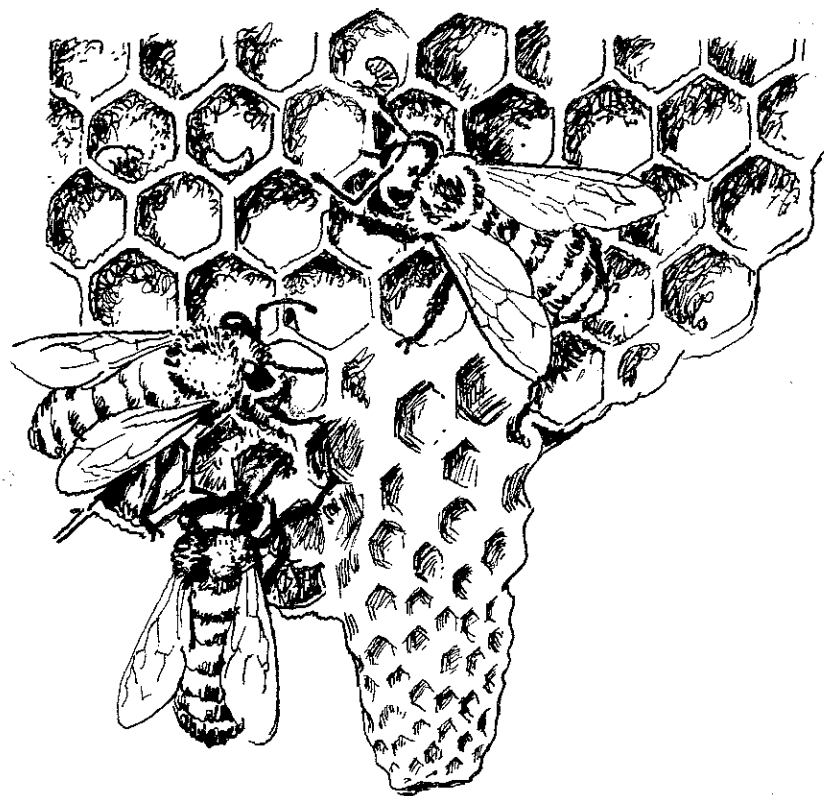
El abuelo abrió también la ventanita posterior de otro departamento. Con un cepillo salpicó con agua azucarada a las abejas huérfanas de reina y, con ayuda de una pluma,

las empujó hacia los dominios de la familia ajena. Las azucaradas abejas fueron asaltadas de inmediato, pero en lugar de recibir aguijonazos, las lamieron unas ávidas lengüecitas. Incansablemente eran acariciados sus cuerpos y sus alas para extraer su dulzor. Cuando la ventana estuvo cerrada y la almohadilla de paja volvió a cubrir a la familia de insectos, el abuelo tomó la pala que contenía las abejas muertas. Rebuscó con el dedo hasta encontrar a la reina.

—Mira, Konrad: la abeja madre vivió cinco años en esta seca cascarilla.

Y puso la reina muerta en la mano del niño. Los restantes cuerpecillos fueron a parar a un surco que el abuelo había abierto en la tierra con el tacón y que luego cubrió con cuidado.

Konrad contempló largo rato la interesante envoltura de la abeja reina, contó los anillos de su largo cuerpo y acarició las rígidas alas. Finalmente se la llevó a casa. En el desván tenía escondida una caja, y en ella guardaba nidos de pájaro, trozos de musgo y piedras brillantes. Con todo esmero depositó la distinguida muerta en un nido, después de mirarla con gran interés por todos lados, y luego cerró la caja.



CÓMO ES LA VIDA DE UNA REINA

—¿Cuánto tiempo vive una reina, abuelo? —preguntó Konrad cuando al anochecer se reunieron en el cuarto de estar.

—De tres a cinco años. O sea que tú has vivido ya tanto como dos reinas. Las abejas obreras sólo viven cinco semanas, en verano. En invierno, en cambio, gracias al largo sueño llegan hasta la primavera.

—¡Cuéntame todo lo que sepas de la reina y sus abejas,

abuelo! Quiero que cada día me expliques algo, y ahora todavía no es hora de dormir.

El abuelo comenzó:

—Para las abejas, su reina es lo más querido del mundo. Siempre hay algunas siervas a su alrededor para ayudarla. Porque, cosa curiosa, la reina es incapaz de comer por sí sola. Aunque sintiera hambre y pasase junto a un gran tarro de miel, ni siquiera la probaría. Pero sus siervas están al tanto y, apenas notan que su reina desea comer, introducen la trompa en un recipiente de miel. Durante un rato llevan consigo lo que han sorbido, para transformarlo en algo aún más fino, y luego se lo ofrecen a la reina con sus lengüecitas, como si fueran cucharas. Imagínate, Konrad, que hay días de primavera en que la reina pone, en una sola jornada, más de mil huevos, y de ellos salen las abejas, como sucede con las flores nacidas de las semillas plantadas en la tierra. A medida que la reina envejece, pone menos huevos y se mueve con dificultad. Entonces, su pueblo se reduce y se debilita, las abejas ya no salen tan contentas a revolotear, por la mañana, y apenas traen miel consigo. Diríase que adivinan que a su reina le queda poco tiempo de vida. Parece ser que, en determinado momento, la reina da a entender a las abejas que desea poner un huevo real. Las obreras reúnen rápidamente a las mejores constructoras del grupo y les encargan la fabricación de una cámara para ese huevo especial de la soberana. Ya habrás observado, Konrad, que las abejas tienen unos anillos oscuros y otros más claros en la parte posterior de su cuerpo. Entre esos anillos segregan una especie de plaquitas amarillas, la cera, y que son sus ladrillos. En realidad se trata de miel transformada. Con esas plaquitas de cera empiezan a construir una

cámara para el huevo real. Cuando ha adquirido la forma del pequeño cuenco de la bellota, la reina pone su huevo en ella. Acuden entonces las obreras, que lo palpan con sus antenas y se alegran del acontecimiento. Pero las constructoras se apresuran a terminar la cuna real, alargando la cámara de forma que quepa en ella una reina adulta. Sin embargo, dejan abierta la parte de abajo. El huevecillo no comienza a moverse hasta el tercer día, y de él asoma entonces un gusanillo diminuto. Las mejores cuidadoras se encargan de la larva real, envolviéndola en dulce jugo. Otras se agrupan alrededor de la cámara y arriman sus cuerpos a todas las paredes, para que el bebé real esté bien caliente. La larva crece muy de prisa, y al cabo de cinco días se ha desarrollado tanto, que llena casi toda la cámara. Las cuidadoras acuden de nuevo en busca de las abejas constructoras, que ahora cierran la puerta con una tapadera, porque en un plazo de ocho días ha de tener efecto la transformación de la gruesa larva blanca en una reina, del mismo modo que un capullo todavía cerrado se convierte en una preciosa flor. Este milagro no puede ser presenciado por las abejas: hasta la última rendija de la cámara tiene que estar bien obturada. Has de saber, Konrad, que la soleada alma de la nueva reina penetra en esa oscura cámara y allí, sin luz, moldea su cuerpo. Poco a poco da forma al viscoso gusano hasta que tiene cabeza, pecho y abdomen. Nacen sus antenas, se articulan las patitas, y por último surge el delicado tejido de sus alas. Cuando el alma de la reina ha completado del todo el nuevo cuerpo, los miembros y las alas intentan sus primeros movimientos. Mueve la abeja la cabeza, e intenta sacar su lengüecilla. Incluso prueba de escarabajar por el interior de la cámara. Esto es percibido por sus cuidadoras,

que día y noche esperan que su nueva reina dé señales de vida. Entonces se ponen a roer afanosamente la tapadera para abrirle el camino a la reina y saludarla. ¡Qué alegría tienen todas, y qué excitadas están cuando, por fin, la soberana abandona su cámara! Unas le ofrecen néctar de miel, y otras cepillan sus alas. Para las abejitas, el nacimiento de la reina significa la salida de un nuevo y reluciente sol, ahora que el anterior está a punto de apagarse. La vieja reina ya no puede continuar por mucho tiempo en su débil y tembloroso cuerpo. Dicen que ella misma avanza hacia su joven hija para recibir el aguijonazo mortal. Parece ser que la nueva reina le hunde el aguijón entre los anillos del abdomen, dando así muerte al cuerpo ya cansado de vivir. Sucedido esto, las obreras recogen el cadáver de la vieja reina y lo conducen a la salida. Desde la plataforma de vuelo parten con los nobles restos en dirección a la pradera llena de flores, donde está su tumba. Inmediatamente después regresan a la colmena para servir desde ese momento con toda fidelidad a la nueva reina.

”Otras personas afirman haber observado que la reina vieja y la joven conviven frecuentemente durante una temporada, de manera bien pacífica, en su colmena. Pero si la vieja nota que sus fuerzas decaen, emprende por propia iniciativa el vuelo mortal a la pradera. También se ha dado el caso de que la ex reina sea encontrada muerta en un rincón de la caja, adonde se había retirado para exhalar el último suspiro. Así de silenciosa y discreta se va a la muerte una abeja reina; sin la menor queja. Pero el vigor regio de la vieja abeja madre no muere, porque sigue viviendo en la reina joven. Por eso, ésta sabe mandar sin necesidad de haberlo aprendido. Su pueblo vuelve a la feliz actividad. Podríamos decir que ha cobrado nueva vida.



VUELO AL SOL

Una tarde, Konrad se hallaba delante de la colmena observando el incesante ir y venir de las abejas. De pronto se asustó: dos o tres abejotas enormes, de cuerpo muy grueso, salieron de una piquera cercana con fuerte zumbido y desaparecieron en la lejanía con vuelo inseguro. Konrad corrió al encuentro de su abuelo, ocupado en el taller, y le habló de aquellas abejas gigantes cuyo intenso zumbido aún se las hacía ver más voluminosas.

—Debe de tratarse de abejas machos, que se llaman zánganos o abejorros —explicó el abuelo—. Son unos seres

muy especiales. Si el tiempo es bueno, vuelan al campo, pero no para libar el néctar de las flores, porque no sirven para eso. Revolotean entre zumbidos de un lado a otro a la luz del sol, y cuando se cansan buscan una hoja o una piedra templada donde reposar. Si el hambre se hace sentir, regresan a la colmena y se hacen alimentar por las abejas cuidadoras como si fueran bebés. No hacen más que haraganear, meter la nariz en los recipientes de la miel y pedir constantemente nuevo alimento.

—¿No se enfadan las abejas con esos gandules que no hacen más que estorbar y zamparse la miel? —quiso saber Konrad.

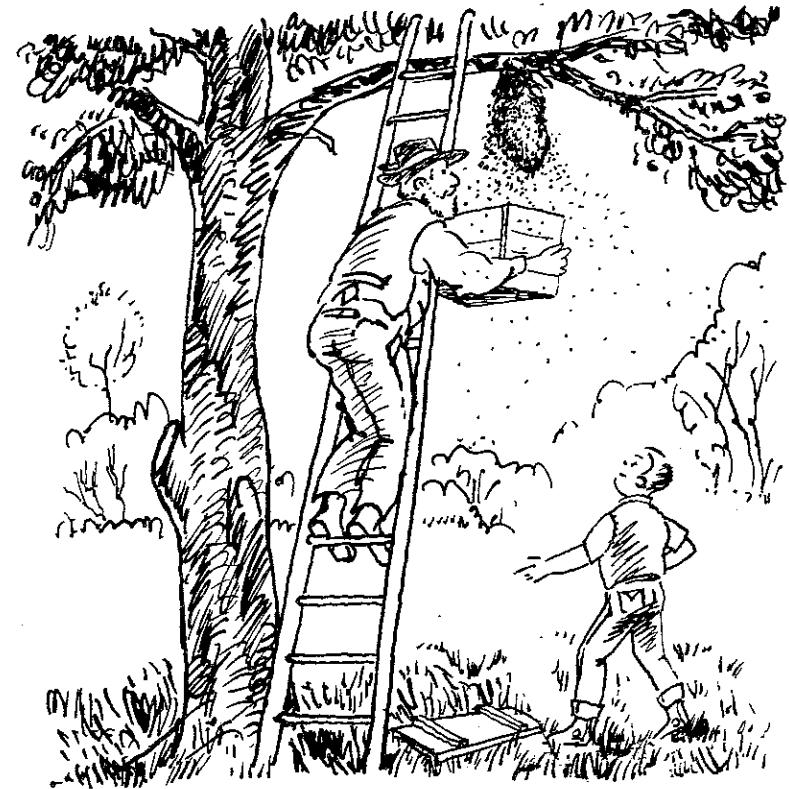
—No. Mientras no son cortadas las flores de los prados, alimentan con gran paciencia a los zánganos, que se ponen redondos y relucientes de tanto néctar.

”Una sola vez en su vida, la abeja reina sale a volar acompañada de los zánganos. Poco después de salir del huevo, le dice a su pueblo algo parecido a esto: «Hoy quiero asomarme al mundo y volar cielo arriba, tan alto como mis alas me conduzcan camino del sol. Vosotros, los zánganos, me seguiréis en mi vuelo al sol, y el que llegue conmigo más alto, será rey.» Acto seguido abandona la colmena, y un séquito de zánganos vuela tras ella. Pronto quedan atrás los más gruesos y perezosos. La reina asciende en amplios círculos, y cada vez son menos los machos que la siguen. El último, el que más arriba llega con ella, será rey, y juntos surcan el soleado cielo. Sólo una vez en su vida vuela la abeja reina hasta las azuladas alturas; se dice que es su día de bodas. Luego, después de haber descrito amplios círculos por las inmensidades del cielo, cae de repente a la tierra como un meteorito. Abandona al rey y, en vuelo seguro, encuentra el camino

de su colmena, a la que lleva el resplandor del sol y el azul del cielo. Las abejas la reciben con alegre zumbido.

“En cambio, el zángano abandonado por la reina no ha de saber volver nunca con su pueblo.

”De cara al verano llega el momento en que los campesinos cortan la hierba de los prados y las florecillas que había entre el heno se secan. Las abejas obreras obtienen unas gotitas de néctar cada vez más reducidas. Los zánganos se las quisieran arrebatarse directamente de la trompa. Pero ahí se acaba la paciencia de las abejas para con esos abusones. Un buen día niegan el alimento a los gruesos zánganos y los apartan de su camino. Y como esos abejorros nunca aprendieron a espabilarse solos, pasan hambre y se debilitan pronto. Ahora, además, todas las abejas —cuidadoras, vigilantes y constructoras— les atacan por todos lados y les pellizcan las patas y el cuerpo, les tiran de las alas y los empujan hacia el agujero de vuelo. Eso se llama la batalla de los zánganos. Pocos medios tienen para defenderse estos abejorros, ya que no poseen aguijón. En el interior de la colmena todo son zumbidos y persecuciones y rezongos. Cualquiera diría que se trata de un enjambre espabilado con retraso. Hace gracia ver cómo los zánganos se retuercen sobre la plataforma de vuelo y se niegan a marcharse. Pero las abejas arremeten de nuevo contra ellos, y no es extraño que los agarren entre dos por las alas y los arrastren afuera. Cuando llega la oscuridad, las abejas vigilantes no dejan entrar a ninguno de ellos. Los zánganos se retiran entre protestas a la hierba del prado, y medio dormidos expiran entre el rocío de la fresca noche.



LAS ABEJAS SALEN DE LA COLMENA

A la tarde siguiente, el abuelo continuó el relato.

—Ya oíste, Konrad, como la vieja reina transmite en silencio, a su sucesora, la preocupación por su pueblo. Hoy sabrás cómo puede formarse una nueva familia de abejas. Prados y árboles están en pleno florecimiento. Pudiera ser que cualquier día se formara un enjambre, y en tal caso deberías ayudarme. Entérate, pues, de cómo va la cosa.

”En el mes de mayo, cuando florecen todos los árboles, la reina pone campos enteros de huevos en un solo día. Su

pueblo crece con tanta rapidez, que apenas cabe ya en la colmena. Se da el caso de que, en esta época, las abejas constructoras hagan una o más cámaras reales, y la reina deposite entonces un huevo en cada una de ellas. Pero como no es vieja ni está débil, no se dejará dar el aguijonazo mortal por una reina joven cuando ésta salga del huevo. Sin embargo, en una familia no pueden existir dos reinas a la vez. A medida que se acerca el decimosexto día, en que la joven reina abandona su cámara, las abejas de la gran familia se van poniendo nerviosas. Las dos reinas son para ellas como dos luces, y no saben bien a cuál seguir. Empiezan a moverse y zumban por la colmena, corriendo como locas en todas direcciones. Unas dicen: «¡Nos vamos con la vieja reina; llevad suficiente miel para el viaje!» Otras exclaman: «¡Nosotras, no! ¡Nos quedamos con la joven!» En medio del zumbido se percibe algo semejante a un tenue pero claro trompeteo: «Tu-tut-tuuut...» Dicen, en efecto, que la reina trompetea. Es su señal de que quiere abandonar la casa, y parece que quiera preguntar: «¿Quién viene conmigo?» Las abejas se dirigen ahora con gran prisa y en desorden hacia la salida. «¡Te acompañamos a la fiesta del sol!»

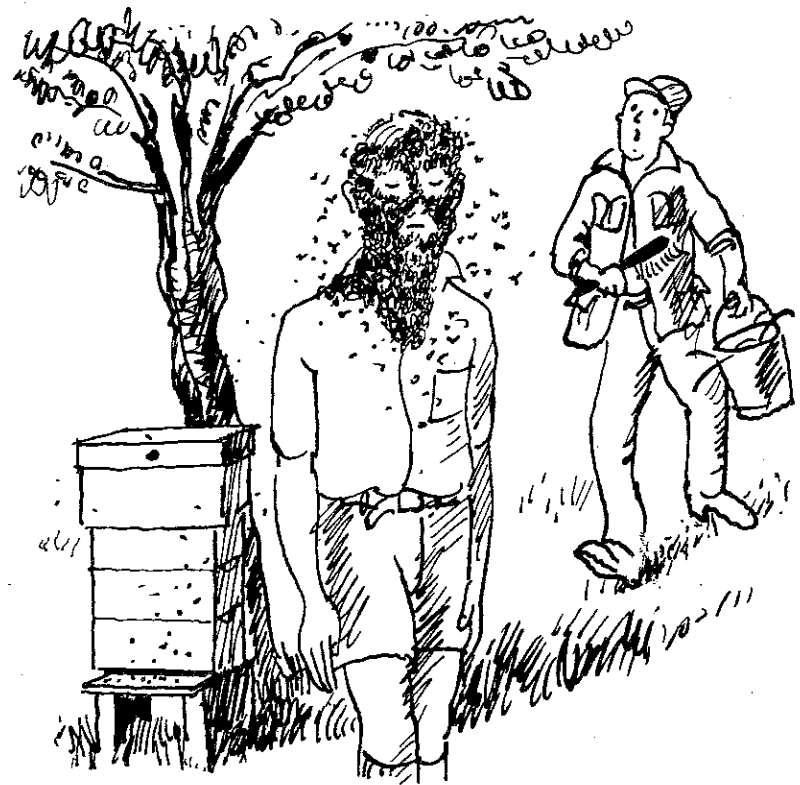
”Una vez fuera, zumban y revolotean en el aire y esperan a la reina. De pronto aparece ésta en la plataforma de vuelo, rodeada de miles de abejas. Se eleva y elige quizá como meta la rama más saliente del peral que crece en la granja. Las abejas vuelan afanosas tras ella. Apenas posada en la rama, cae sobre ella un fogoso enjambre de abejas. Todas rodean y envuelven a su madre. Una abeja se cuelga de otra, y así centenares y miles, hasta que el aire está limpio y todo el grupo pende ya tranquilo de la rama, como un pesado racimo. De cuando en cuando se

agrega una abeja retrasada, casi siempre una de las voladoras, que durante la formación del enjambre se hallaba lejos, en el campo. A su regreso quiere ser fiel a la vieja reina, y con sus pantaloncillos de polen auestas se adhiere al enjambre.

”En la colmena ha quedado la mitad de la familia de abejas, aproximadamente. También allí, poco a poco, vuelve a imperar la calma, y la nueva reina no tarda en salir de su celdilla.

”Ahora bien: ¿qué vamos a hacer con el nido de abejas del peral? Mira, Konrad... Hacen falta una caja, una madera y dos varas. Lo ponemos todo ello al pie del árbol. Entonces apoyaremos con mucho cuidado una escalera en la rama de donde se ha colgado el enjambre, procurando no sacudirlo. Yo subo con la caja y la sostengo debajo del racimo de abejas. Un golpe seco en la rama, y el nido cae dentro. Los insectos se inquietan en seguida, por lo que hay que bajar de la escalera con rapidez. Una vez en el suelo, la caja se pone poca abajo sobre la madera. Dentro, la reina se sitúa pronto en la pared superior, y las abejas vuelven a rodearla formando racimo. Como debajo de la caja de madera hay colocadas unas varillas, las abejas perdidas durante el transporte pueden introducirse por los huecos que quedan entre la tabla y la caja. De no haber apresado a la reina, el enjambre entero se mudaría de nuevo para rodearla donde fuera. Pero si todo ha ido bien, las abejas permanecen apiñadas en el recipiente de madera y, al anochecer, pueden ser bajadas al fresco sótano. El nuevo grupo guarda silencio; no se oye ni el menor zumbido. Los miles de insectos permanecen inmóviles y pegados uno a otro como una sola e inmensa abeja cuyo corazón es la reina. Son felices de que la

soberana no se haya extraviado, y caen en un profundo sueño. Hasta la tarde siguiente no obtienen un nuevo cajón en la colmena. Durante la larga estancia en la oscuridad del sótano, las abejas del enjambre desarrollan un aroma especial que las une en una nueva amistad, en amor y diligencia. Este aroma las mantendrá firmemente unidas. Ya no volverán por error al antiguo hogar para el que trabajaban antes, sino que, como joven y reciente familia, ocuparán el cajón a ellas destinado.



UN NIÑO EN EL ENJAMBRE

Como Konrad seguía pidiendo al abuelo que le contara más cosas acerca de las curiosas costumbres de las abejas, el buen hombre le explicó el siguiente suceso:

—Cerca de una colmena, un niño observaba el vuelo de las abejas. Era la época de la enjambrazón. De uno de los cajones provenía un intenso zumbido, porque parte de las abejas se disponía a partir con su reina. El niño miraba muy de cerca como por el agujero salían unas nubes de abejas cada vez más densas. Por fin apareció la reina y echó a volar. Pero se trataba de una abeja ya algo vieja,

que no tenía las alas muy fuertes, y fue a posarse precisamente a un lado de la cabeza del muchachito. Su padre trabajaba en el huerto, a cierta distancia, y apenas hubo gritado el hijo: «¡Papá, que las abejas enjambran!», se vio rodeado del enorme grupo de insectos, que se arrojó sobre él para envolver a la reina. En ese momento, el niño recordó que su padre le había dicho repetidas veces: «Nunca intentes apartar a las abejas de un manotazo», y por eso permaneció inmóvil. El padre, que había acudido en seguida, palideció al ver al pequeño totalmente cubierto de abejas. «¡Cierra los ojos y la boca! —le urgió—. Respira por la nariz y no te muevas. Voy a buscar agua para refrescar a las abejas y después te las quitaré de encima. ¡Pero, sobre todo, estate bien quieto!»

”Cuando el padre lo tuvo preparado todo, de la cabeza del niño pendía, hasta el hombro, un enorme racimo de abejas. Entonces, el hombre introdujo un cepillo en agua y salpicó a todo el enjambre, que poco a poco se fue calmando. El pequeño permanecía rígido e inmóvil como un tronco de árbol. Por fin, el padre colocó una caja debajo del montón de abejas y, con la otra mano, asió fuertemente los cabellos del hijo. Dio un tirón, y todo el racimo de abejas cayó al interior de la caja. También tuvo que caer la reina, ya que pronto abandonaron el hombro del niño unas cuantas abejas restantes, que volaron hacia la caja, apartada prudentemente por el padre.

”«¡Abre los ojos y ven!», le dijo entonces al niño, con voz aliviada.

El chico abrió los ojos con cuidado y volvió poco a poco la cabeza. Una vez hubo comprobado que no quedaba ninguna abeja encima de su persona, corrió lleno de alegría en dirección a su padre.

”«¡Ni una sola me ha picado!» —exclamó.

”«Gracias a que permaneciste perfectamente quieto —dijo el hombre, al mismo tiempo que le daba una palmada en el hombro—. Creo que lo has hecho muy bien.»

”Avanzada la tarde, los dos trabajaban juntos en el huerto. De pronto, el padre dejó caer la azada y dijo:

”«Escucha, hijo. Si alguna vez en la vida volvieras a verte en peligro, como hoy, recuerda cómo supiste permanecer inmóvil en medio de las abejas, venciendo el miedo. ¡Me gustó tu actitud!»

”Y los dos siguieron esponjando la tierra.



DÍA DE LA ENJAMBRAZÓN

Era un templado mediodía de mayo. Konrad realizaba un trabajo en el jardín. De repente le llamó la atención un desmesurado zumbido procedente de la colmena. Al mirar hacia allí vio en el aire una sonora nube de abejas.

“Tiene que ser un enjambre”, pensó, y corrió a la casa en busca del abuelo.

Éste acudió con pasos más rápidos de lo acostumbrado, se colocó con el niño a un lado de la colmena y susurró:

—Fíjate bien. Necesitamos saber adónde van. Confío en que no desaparezcan.

En ese momento debía de haber salido la reina, porque el gran enjambre se apartó de la casita y revoloteó alrededor de un ciruelo. Pronto empezó a formarse un racimo de abejas debajo de una de las ramas inferiores.

—¡Se quedan en el ciruelo! —murmuró Konrad, muy excitado.

Al mismo tiempo que la movediza nube se condensaba, la rama del árbol descendía bajo el peso del enjambre.

—Ve a la cocina y trae un plato con un poco de harina —dijo el abuelo—. Hemos de saber de qué colmena han salido estas abejas.

Konrad se preguntó para qué serviría la harina, pero obedeció y pronto estuvo de regreso con lo que el abuelo había pedido. Sólo pocas abejas revoloteaban aún alrededor del ciruelo, de forma que los dos pudieron contemplar con toda calma el enjambre.

—¡Mira, abuelo! Algunas abejas llevan pantaloncitos de polen. Probablemente llegaban del campo y no tuvieron tiempo de dejarlos en la colmena.

El abuelo acercó el plato de harina al racimo de abejas y dijo:

—Tú dirígete ahora a la colmena, Konrad. Yo haré caer algunas abejas del enjambre y las recogeré en el plato de harina. Se pondrán totalmente blancas y regresarán en seguida al viejo hogar para que las limpien. Tú vigila las piqueras como un gavilán y observa dónde se meten las abejas. Así sabremos de qué grupo proceden.

Konrad observó fijamente las piqueras. No tardó en aparecer una blanca abejita en la segunda madera, a la que siguieron un par más. Con gran prisa se introdujeron todas por la misma abertura.

El niño gritó:

—¡Las he visto! ¡Entraron en el segundo cajón!

—Me lo figuraba —contestó el abuelo—. Ve y trae una palangana llena de agua. Cogemos todo el enjambre. Yo me ocuparé de lo demás. No me hace falta escalera, porque la rama está muy baja.

Pronto hubo colocado la tabla en el suelo, con las maderitas encima. A continuación sumergió un cepillo en el agua y salpicó al enjambre para tranquilizarlo. Sosteniendo la caja con una mano, debajo de la piña de abejas, agarró con la otra la rama. La sacudió brevemente pero con fuerza, y todo el enjambre cayó dentro de la caja preparada. Una vez a la altura de la tabla, puso boca abajo la caja llena de zumbantes abejas y situó debajo las maderitas, para que entre la caja y la tabla quedara libre una salida.

Konrad se había apartado unos pasos y sintió extrañeza de que las abejas no picaran y se dejaran manejar con tanta facilidad. Sólo unas cuantas se habían alejado, pero no tardaron en volver e introducirse debajo de la caja.

—Dejaremos que pasen el resto del día a la sombra del árbol —explicó el abuelo—. Al anochecer las transportaremos al sótano.

—¿Cómo es que las abejas pican tan poco al enjambrar? —preguntó el niño.

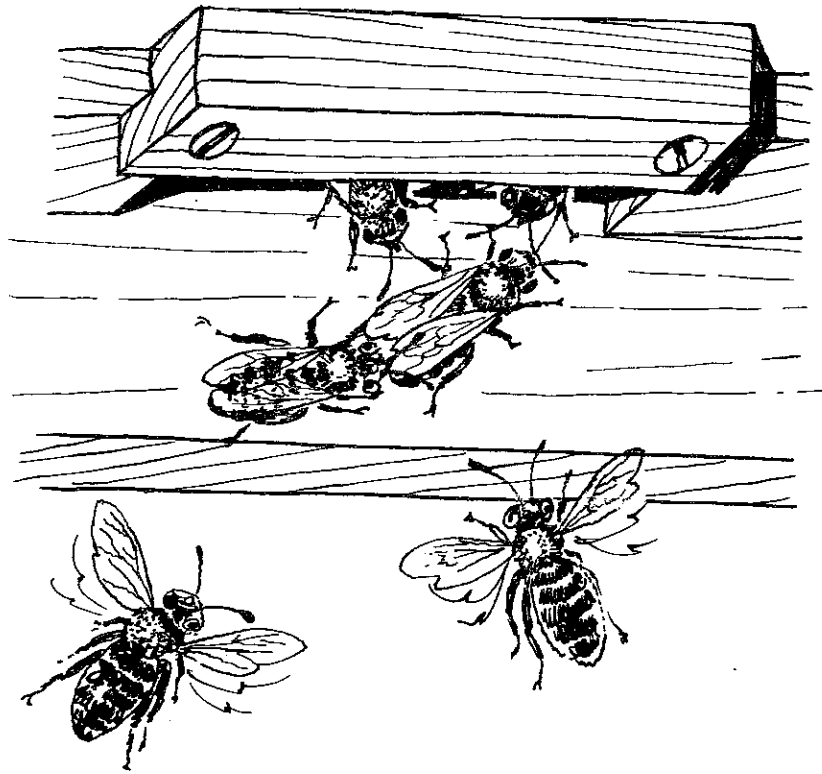
—Antes de salir de la colmena —contestó el abuelo— chupan tanta miel para el viaje, que se ponen de buen humor. Además, el día de la enjambrazón es motivo de alegría y no de agresividad. Únicamente si el tiempo es caluroso y sofocante pueden tener ganas de picar. Más de un apicultor podría explicártelo.

Konrad acudió varias veces a la colmena, aquella tarde,

y observó cómo alguna abeja suelta salía por las piqueras, mientras que otras entraban.

Antes del anochecer, el abuelo trasladó la tabla y el cajón al sótano. Konrad iluminaba los peldaños con la linterna, para que no ocurriera ningún accidente a causa de un traspié. Instaladas ya las abejas, arrimó la oreja a la pared de la caja y percibió un tenue y delicado zumbido.

—Buenas noches, pequeñas fugitivas —susurró—. También yo me voy a dormir.



CÓMO EL ENJAMBRE DEL SÓTANO LLEGA A SU NUEVA CASA

Después que las abejas han descansado a oscuras en el sótano durante toda la noche, el abuelo transporta otra vez la caja escaleras arriba al día siguiente, cuando cae la tarde. En la colmena ha preparado un departamento vacío, colgando dentro algunos panales. Retira ahora la puerta posterior y, con un fuerte golpe a la caja, echa en su interior a todo el enjambre. No hay abeja que no siga a la reina. Cuando ha entrado la última, vuelve a cerrar la puertecilla, y la familia de abejas zumba feliz en la nueva

vivienda, alrededor de su reina. Las abejas productoras de cera empiezan a sudar profusamente, porque se trata de construir una ciudad entera. Las constructoras forman celdillas para la cría y la miel. La reina comienza a poner huevos en gran cantidad. La vida y el movimiento de la nueva familia han dado comienzo.

Por la mañana, las abejas se asoman por primera vez a la nueva piquera. El largo sueño en el sótano las ha hecho olvidar por dónde entraban y salían antes.

—¿Cómo pueden encontrar el camino de vuelta cuando han volado hasta los prados? —quiere saber Konrad—. ¿Cómo no se equivocan de puerta y se meten en otra colmena?

—Realmente es curioso —responde al abuelo—. Sin duda habrás visto, en la piquera, abejas que levantan la parte posterior del cuerpo y agitan con fuerza las alas. Son las que podríamos llamar “abejas del aroma”. Porque todas las abejas pueden despedir un fino aroma desde esa zona posterior de la espalda. Y cada familia tiene su propio olor, que las abejas reconocen desde muy lejos. Es como si un hilillo les señalara el camino de regreso a la puerta exacta. La vista de las abejas no es muy aguda; para ellas, el mundo es un borroso conjunto de suaves colores. Sin embargo, se las puede ayudar pintando cada piquera de un tono distinto, con lo que la encuentran más fácilmente y no es probable que se metan donde no les corresponde.



UN ENJAMBRE EN EL BOSQUE

Aquel mismo anochecer, cuando el enjambre ya había sido instalado en su nueva casa, Konrad se hallaba con el abuelo en el cuarto de estar. Y éste dijo:

—Hoy quiero explicarte lo que sucede cuando la reina abeja no se detiene en el árbol más cercano, al enjambrar. Porque puede ocurrir que conduzca a su pueblo muy lejos de la colmena, hasta un apartado bosque, donde nadie logre descubrirlo ni apresarlos.

”En mayo, no es raro que por la noche caiga una helada. Supongamos que, a eso del mediodía, una reina emprende

el vuelo con su enjambre y se aleja cada vez más, por encima de campos y prados, hasta posarse finalmente en una haya. Su largo séquito vuela tras ella y la rodea. Ya tenemos el apretado y zumbante grumo colgado de la elevada copa. No hay apicultor que lo encuentre y pueda albergarlo en una colmena. Si alguien pasara por debajo de ese árbol, tomaría el racimo de abejas por un grueso nudo de la rama. Pero se acerca el anochecer, y al ponerse el sol sopla una fría brisa entre el ramaje. Las abejas menos protegidas mueren de frío. La oscuridad hace descender aún más la temperatura, y la estrellada noche trae consigo la helada. La piña de abejas se hiela totalmente por fuera. En el centro, en cambio, donde está la reina, hay un calorcillo vital. Llegamos el nuevo día. Al moverse el cúmulo, algunas de las abejas heladas durante la noche caen al suelo del bosque. El primer rayo de sol proporciona nueva vida. Numerosas abejas parten en distintas direcciones, ansiosas por hallar un buen cobijo para su pueblo. Avanzan entre las piedras, penetran debajo de raíces y hasta se introducen en oquedades del suelo. Una de las abejas cree haber descubierto una cueva salvadora en un viejo tronco, pero el agujero sólo conduce a una angosta ratonera. Otra se mete, quizá, en la madriguera de un zorro. Entre tanto, la reina espera inútilmente una buena noticia en lo alto de su haya. Las mensajeras regresan al oscurecer, sin novedad.

”Pero hay una abeja vieja y fiel que sigue buscando. Prefiere morir a causa de la helada que volver junto a su reina sin ayuda que ofrecerle. Con inagotable paciencia escarbajea por un añoso tronco hasta que, a medio camino, descubre un hueco redondo. Entra y comprueba que aquello puede interesar. Tiempo atrás debieron de

vivir allí unos pájaros carpinteros, que con sus picos limpiaron de madera podrida la oquedad. La vieja abeja parte con la velocidad del viento, vuela hasta el haya donde aguarda su gran familia, y se abre paso, afanosa, entre centenares de hermanas para comunicar a la reina la buena nueva. Como un reguero de fuego se divulga la gran noticia entre el enjambre: «¡Tenemos casa! ¡Tenemos casa!»

”En seguida se oye la llamada de la soberana, que da la señal de partida. El enjambre revive en el acto. El aire se llena de zumbidos hasta que, por fin, aparece la reina y, con la fiel abeja como guía, emprende el vuelo hacia el árbol hueco. Todas las abejitas penetran por la abertura, felices de comprobar lo caliente que es su nueva casa. Ésta sólo tiene un defecto: la anchura de la entrada. Pero... ¿quién piensa ahora en el invierno, cuando el árbol les ofrece tan buen cobijo? Todas las abejas productoras de cera se reúnen en un profundo rincón, y se calientan y sudan hasta que entre los anillos que tienen en la parte inferior del abdomen aparecen las primeras laminillas de cera. Las abejas constructoras se apoderan a toda prisa de la recién fabricada cera con las pequeñas tenazas de su mandíbula, y empiezan a formar celdillas de arriba abajo.

”Cuando, a la luz del sol matutino, las abejas más madrugadoras salen a visitar las flores, la reina pone sus primeros huevos en su casa del árbol, y cuando las obreras regresan, en la colmena hay ya suficientes cámaras donde depositar las doradas gotas y el polen.

”Así continúan trabajando hasta el verano. Todo el hueco del árbol está lleno de celdillas, y cuando se aproxima el otoño abunda en ellas la miel. Las abejas vigilantes, que permanecen junto a la piquera para

ahuyentar a las rapaces avispas, notan que se acerca la época en que se les hielan las patitas y las alas. Un viento otoñal bastante frío arranca las hojas de los árboles. Los insectos vigilantes apenas soportan ya el cortante soplo, y dicen a las abejas constructoras: «¡Reducid la entrada con cera!» Las constructoras acuden a las productoras de cera y exigen: «¡Dadnos cera, porque es preciso estrechar la entrada! ¡Queremos formar una puerta de invierno!» «Habéis tardado mucho en venir —responden las productoras de cera—. Quizá sea ya demasiado tarde para sudar cera. De todas maneras, lo intentaremos.» Se arriman mucho unas a otras, para darse calor, pero sólo consiguen producir unas plaquitas muy pequeñas, y eso no basta. Entonces salen al exterior para buscar resina en los troncos, la amasan con un poco de cera y tapan con ello la entrada. Sólo dejan la abertura imprescindible para que entre el aire que la gran familia necesita para respirar durante el invierno.

”A partir de ese momento, el hueco tronco de árbol queda más silencioso, y con las primeras nieves se adueña de la colmena salvaje la tranquilidad invernal. Si el invierno no es demasiado riguroso, las abejas duermen hasta la primavera; entonces despiertan a una nueva vida. Según una leyenda popular, las abejas salvajes despiertan en pleno invierno, en la Nochebuena, para entonar un dulce zumbido que se asemeja a los cantos de los ángeles...

”¿Verdad que sería bonito oírlas, Konrad?

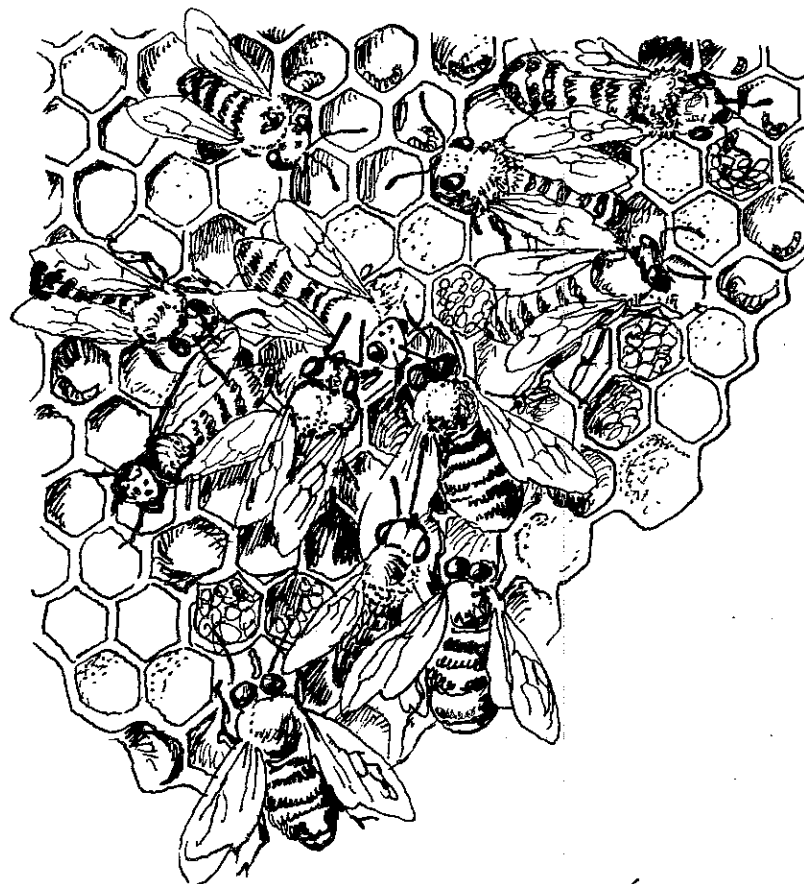
Cuando, finalmente, el abuelo terminó su relato, Konrad preguntó:

—¿Hay muchas abejas salvajes en los bosques?

—No; pocas. Nuestros inviernos son muy fríos para que, en general, puedan sobrevivir.

—¿Y cómo se las arreglan los abejorros y las avispas, que no cuentan con la protección del hombre?

—Entre esos insectos sucede lo siguiente: menos la reina, mueren todos los demás cuando llega el otoño. Las reinas, en cambio, se esconden en algún lugar del suelo y duermen a lo largo del invierno, para formar un nuevo pueblo en primavera.



LA TAREA Y LOS DÍAS DE LAS ABEJAS

Hemos oído hablar de varias clases de abejas: cuidadoras, productoras de cera, constructoras, vigilantes, colectoras de miel... Ahora bien: ¿cómo son elegidas para una u otra labor?

La cosa es así:

Cuando las jóvenes abejitas salen de las celdas donde se desarrollaron durante veintiún días, acuden las cuidadoras, que las acarician, limpian y peinan. También

les dan, con la trompa, el primer alimento. Las jóvenes no saben qué hacer ni lo que significa tanto movimiento. Pero las abejas expertas no tardan en ir en su busca para conducir las a las cámaras que contienen huevos y blancas larvas, y allí les dicen:

—Permaneced quietas aquí y dad vuestro calor a las crías. Haréis esto hasta el tercer día.

Las abejas jóvenes obedecen y, de vez en cuando, reciben algo de alimento de las cuidadoras. A partir del cuarto día, les dejan dar néctar a las larvas. Si éstas son ya un poco más crecidas, les añaden un poco de polen. Con ello se han convertido, pues, en nuevas cuidadoras. Este trabajo las lleva de un lado a otro de la colmena, y un día —cuando tienen una semana, más o menos— descubren la clara abertura de la piquera.

—¡Oh! ¿Qué será eso que reluce tanto?

A toda prisa se dirigen hacia el rayo de luz. Pero allí les gruñen las abejas vigilantes:

—¿Qué buscáis aquí, criaturas? ¡No podréis volar al mundo hasta que hayáis cumplido veinte días! Adentro, pues...

Las abejas de siete días retroceden apresuradamente, aunque piensan: “¿Qué mundo de maravilla tiene que ser el de ahí fuera, al que vuelan nuestras hermanas mayores, donde encuentran la dulce miel y se ponen esos pantaloncitos dorados!”

Y preguntan a una abeja de cierta edad, que les contesta muy amable:

—El mundo exterior está tan lleno de cálices en forma de estrella como nuestra ciudad lo está de celdillas de cera. Un sol muy brillante ilumina desde el cielo todos los cálices, que resuenan como pequeñas campanas, y ese

sonido solar es el que hace fluir la aromática miel...

—¿Y qué es el sol? —quieren saber las jóvenes abejas.

—Es el gran hermano celeste de nuestra reina —contesta la vieja abeja—. Volved mañana a la entrada y preguntad a las vigilantes si os dejan asomar un poco a la piquera, para que podáis ver a nuestro padre del cielo.

Al día siguiente, las abejas de ocho días se encaminan de nuevo a la clara salida, y las vigilantes las dejan pasar. Una vez en la piquera, quedan cegadas por la intensa luz del sol. Desde los prados llegan unos suaves cantos y zumbidos. Aquel mar de rayos hace temblar de alegría sus alas. Poco a poco, sin apenas darse cuenta, se elevan en el aire. Cincuenta, cien veces suben y bajan delante de la piquera, bebiendo ávidas del esplendor de la luz. Cansadas del soleado juego regresan por fin al interior de la casa y se dedican fielmente al cuidado de las crías. Sin embargo, sueñan con el día en que puedan volar con toda libertad a ese mundo de oro.

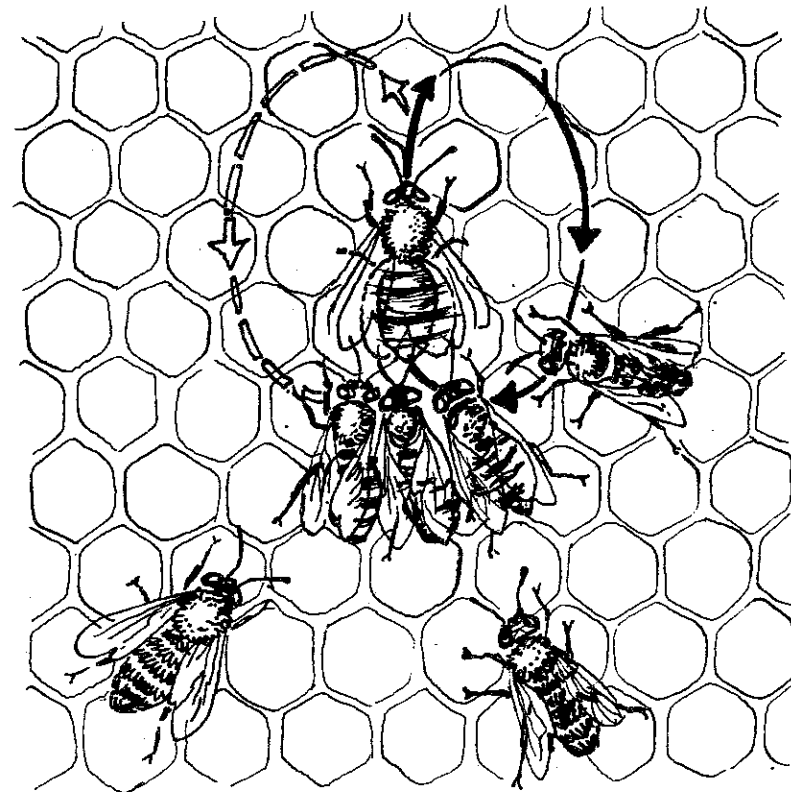
Llegado el décimo día de vida, tienen que arrancar los pantaloncitos a las abejas que llegan cargadas de polen e introducir éste, con la cabeza, en las celdillas. Llenan cámara tras cámara de harina de sol, y también ayudan a meter miel en ellas. Cuando aparece una gruesa abeja con su cargamento de miel, deja que de su trompa salga el néctar libado, gotita a gotita. Este néctar es sorbido por las abejas jóvenes y transportado a las celdillas.

Hacia el decimotercero día sudan sus primeras plaquitas de cera y se afanan en construir nuevas celdas con ellas, o bien en tapar con su propia cera las tapaderas para las cámaras ya llenas. Las más fuertes reciben ya el encargo de vigilar la entrada. Cuando, en los calurosos días de verano, el ambiente se hace bochornoso en el interior

de la colmena, filas enteras de ellas se colocan junto a la abertura y agitan vivamente las alas. De este modo hacen salir el aire caliente de la colmena y entrar otro nuevo y fresco que alivie a las agobiadas hermanas.

A veces se da el caso de que una codiciosa avispa revolotee alrededor de la colmena, en un intento de robar miel. De repente se posa en una de las piqueras y atraviesa la puerta como si fuera una abeja más. Pero las encargadas de la vigilancia la han reconocido por el intenso olor que despide. Se arrojan furiosas sobre la ladrona y comienza una violenta lucha. Pero por mucho que la avispa muerda y pique, es arrastrada hacia fuera por sus patas y alas y lanzada a empujones por encima de la piquera. El veneno de las abejas vigilantes le produce aún largas molestias y la hace revolcarse entre la hierba.

—¡Ésa no volverá! —gruñen las porteras, y vuelven a ocupar atentas sus puestos.



EL VUELO AL MUNDO

Por fin llega el vigésimo día, que permitirá a las abejitas el ansiado vuelo al mundo exterior.

Con los primeros rayos del sol aparecen las animadas abejas en la tabla de vuelo. ¡Qué deliciosos aromas y mágicos colores les llegan desde los prados! Se elevan en el aire. Mil relucientes gotitas de sol brillan abajo, en el rocío de las hierbas. Y todo un mar de cálices en forma de estrella las obsequia con su perfume y se enciende y suena de cara al fuego de la luz matutina. De los jardines sube hasta ellas el olor intenso de los tulipanes, junto al delicado

canto de las violetas y los pensamientos, y en todos los prados resuena flameante el diente de león.

—¡Hacia vosotros voy, solecitos dorados! —exclama una de las abejas, y se lanza entusiasmada sobre la amarilla alfombra.

En seguida está totalmente cubierta de polen. Se cepilla sin pérdida de tiempo, forma con él unos pantaloncitos dorados y vuela al próximo diente de león. (Las abejas son fieles a las flores elegidas primero, y en cada vuelo sólo se posan en ellas. Incluso visitan únicamente el mismo tipo de flores durante varios días.)

Otra abeja se dirige, en su primer vuelo, a un silencioso pensamiento. ¡Qué diminuta es la gotita que le ofrece el azul cáliz! Pero cien de esas gotitas también forman una gota grande.

La noche anterior se habían abierto por completo las flores de un cerezo. Muy de mañana llega la primera abeja a aquel rosado y oloroso reino. ¡Cómo fluye la miel! Su cuerpo se llena a más no poder, y en pesado vuelo regresa a la colmena. Apenas se ha desprendido de su carga, empieza a bailar y se vuelve ora hacia la izquierda, ora hacia la derecha, inclina la cabecita una y otra vez y sacude el cuerpo... ¿Qué significa eso? Es la danza de las flores de cerezo. Otras abejas se fijan en la bailarina y entienden el mensaje. Y cuando ella se dispone a abandonar de nuevo la colmena, siempre danzando, la siguen unas doce compañeras hasta el árbol. Zumbando se introducen en las flores, retornan con su dulce carga al hogar y bailan juntas la danza de las flores de cerezo. Luego las sigue un enjambre de más de cien abejas, y no es raro que sean todas las abejas de una familia las que, a hora temprana, envuelvan un cerezo con su zumbido.

Si una abeja de otro grupo descubre el mismo palacio de miel, también va en busca de sus hermanas. Las abejas no se pelean por la miel como los perros por un hueso, ni como los hombres por el dinero y las riquezas. Si una flor está ocupada, la otra abeja sigue adelante y permite que su hermana libe con tranquilidad. Nunca se las ve reñir por un cáliz de miel. Las abejas tienen una danza especial para casi cada flor de las que proporcionan miel, con lo que pueden atraer a sus hermanas. Asimismo realizan danzas del polen.

Cuando el sol se pone al anochecer, la temperatura descende con rapidez. Una abeja que no emprenda el regreso a tiempo, se helará a causa del rocío nocturno. Con frecuencia logra esconderse en una grieta del suelo, si las alas se niegan a llevarla, conservando así la vida hasta la mañana siguiente gracias a la protección de la tierra. Pero de vez en cuando también hallamos una abeja muerta en el cáliz de una flor, porque si han sobrepasado el término medio de vida, pueden morir en pleno trabajo, en un prado, y encuentran su tumba entre los relucientes pétalos.



CÓMO LAS ABEJAS MULTIPLICAN LA FRUTA

En el patio, delante de la colmena, había un cerezo que florecía más tarde que los demás cerezos. Konrad había oído decir a su abuelo que las abejas ayudan a multiplicar la fruta y que, sin ellas, los árboles estarían casi sin frutos en la época de la cosecha.

“¿Cómo será eso?”, se preguntaba, y un día le pidió al abuelo que le hablara de semejante maravilla.

Las primeras flores del cerezo se habían abierto ya, y los dos se detuvieron un rato junto al árbol. El abuelo

bajó con cuidado una rama cuyas flores eran visitadas por una abeja. El insecto no hacía caso de ellos, y el abuelo murmuró:

—¡Fíjate, Konrad! Es una colectora de polen. Busca los amarillos y harinosos estambres de las flores. Verás como ese fino polvo se le adhiere a todos los pelitos de su cuerpo. Y si miras de cerca la parte interior de una de las flores del cerezo, descubrirás un pequeño pedúnculo verde en medio de los dorados estambres. En la parte superior del pedúnculo está el estigma, que en realidad es la boquita de la flor. Si la abeja se introduce en la flor, sin darse cuenta deja un poco de polvillo en el estigma, y esa diminuta boca empieza a tragarse la dorada harina. De esta manera el polen, con el fuego solar que lleva consigo, va a parar al receptáculo verde que hay en el fondo del cáliz. El receptáculo empieza a crecer, la flor se marchita y, cuando cae, aparece debajo una minúscula cerecita también verde. De no haber penetrado esa harina soleada en el interior del receptáculo, se habría secado juntamente con la flor, y ni la más bonita canción de mirlo sería capaz de hacer brotar del árbol una cereza.

El abuelo soltó la rama. Pero Konrad siguió con sus preguntas:

—¿Y qué pasa con el hueso?

—Antes de endurecerse —explicó el abuelo—, actúa en él esa fuerza solar entrada con el polen. Estimula a la cereza desde dentro, y así se desarrolla la fruta. El sol exterior da vigor a la cereza y convierte el verde núcleo en jugosa y dulce pulpa. Además hace desaparecer el amargor, que retrocede hasta el fondo del hueso. Abre uno de esos huesos en verano y Pruébalos.

El abuelo se encaminó a la casa y dejó al niño al pie del

árbol. De pronto, Konrad se dijo: "En otoño, mamá hizo unos saquitos pequeños con la tela de unas cortinas viejas y con ellos cubrió los racimos más hermosos de la parra para que las abejas y avispas no pudieran vaciar las uvas. ¿No podría yo tomar uno de esos sacos y atarlo a la punta de una rama del cerezo, donde aún no se han abierto las flores? ¡Voy a hacerlo! Entonces, ese par de botones se abrirá debajo de la tela, que es transparente. Ninguna abeja podrá fecundarla, y yo comprobaré que todo es como el abuelito ha explicado."

Y subió de inmediato al desván, que no tenía secretos para él. Sabía exactamente dónde guardaba su madre esas cosas. En efecto, halló un pedazo de tela que no estaba agujereado ni roto, y de regreso junto al árbol eligió la punta de una rama todavía no florecida. La cubrió con el saquito y ató el extremo inferior con el cordel, al que dio una serie de vueltas. Por allí no entraría ni una sola abeja. Lleno de orgullo mostró aquella noche su invento al abuelo, que lo encontró todo perfecto.

—Creo que de mayor vas a ser médico, si ya ahora te dedicas a poner vendajes a los árboles —comentó riéndose.

Al cabo de pocos días se abrieron las flores dentro del saquito, pero ninguna abeja pudo llegar hasta ellas.

Dos semanas después, el cerezo había perdido casi todas sus flores, y allí donde ya no quedaban pétalos, asomaban miles de menudas bolitas verdes. Konrad llamó a su abuelo. Quería que estuviese presente al retirar el saquito. Él mismo desató el cordel mientras el abuelo sostenía la rama. Una vez quitada la tela, cayó al suelo un montón de pétalos secos junto con los cabillos. Algunas flores aún pendían sueltas de la rama, pero estaban igualmente mustias. Al observar la rama de cerca, Konrad descubrió

dos o tres cerecitas verdes, pero ya bien formadas, entre los cabillos muertos.

—¡Mira, abuelito! No entiendo eso, porque ahí no pudo entrar ninguna abeja.

El hombre le guiñó un ojo y respondió:

—No fue una abeja, desde luego. ¡Pero sí un señor en el que tú no has pensado! A ver si lo adivinas...

—¿Una hormiga, quizá?

—No. He dicho un señor.

—¿Un escarabajo, entonces?

—No. Se trata de un ser que no tiene patas ni piernas. Konrad no caía.

—Fue el viento, que sopló a través de la tela y arrojó un poco de polen sobre el estigma de estas tres flores. El viento se ha burlado de ti, Konrad. Los entendidos hablan de fecundación por el viento y fecundación mediante las abejas. Pero reconocerás que el poderoso viento no es más que un pobre imitador de nuestras aplicadas abejitas. Sin ellas, pocas cerezas tendríamos.

Llegado el tiempo de la cosecha, Konrad arrancó las tres negras cerezas producidas por el viento. Una se la comió mamá; otra, el abuelo, y él se zampó la tercera.



HORMIGA, ABEJA Y MARIPOSA

¿Has visto ya como, en su camino a través del prado, la veloz hormiga trepa por el tallo de una flor y, una vez arriba, se introduce en ella? En seguida comienza a libar néctar del fondo del cáliz. Fíjate bien en esa hormiga y verás que, por la forma de su cuerpo, tiene cierto parentesco con las abejas, aunque carezca de alas. La gran familia de hormigas vive en un oscuro hormiguero. Sus huevos se desarrollan en pasadizos y cámaras adonde no llega la luz, hasta transformarse en larvas y finalmente en

hormigas, de modo parecido a lo que sucede con las abejas. Hasta néctar recibe la prole. Por eso las hormigas adultas trepan en busca del néctar que contienen los cáliz de determinadas flores. Y... ¡ay de la abeja que se pose en una flor ya ocupada por una hormiga! Apenas percibe ésta el cercano zumbido de las alas, se vuelve hacia arriba y empieza a arañar el aire con sus patas delanteras, como un gato enfurecido. La abeja se asusta al encontrarse con tan extraños movimientos en el interior de la dulce flor y escapa volando. Después del esfuerzo realizado para trepar a una flor, la hormiga considera que aquel jardín de néctar le pertenece.

Pero sólo ha tenido tiempo de tomar otro poquito de néctar, cuando por el tallo sube una hormiga de otra familia, que se presenta de improviso en el mismo cáliz. Y entonces se arma la gorda. La hormiga más fuerte agarra a la otra por el cogote y la arroja con energía al suelo del prado.

Ahora es una mariposa la que, revoloteando juguetona, se aproxima al cáliz ya ocupado. Se deja caer con suave aleteo sobre la reluciente corola.

Mas... ¡ay! De nuevo atacan unas patitas indignadas. La mariposa remonta el vuelo y se aleja, asustada, porque no le gusta nada pelear con hormigas.

Por fin ha podido satisfacer la parda hormiguita su sed de néctar, y contenta inicia el descenso a tierra. La flor vuelve a ser el amable jardín donde la hormiga, junto a la abeja y la mariposa, cumple como silenciosa y trabajadora hermana.



DÍA DE MIEL

Cuando los tilos hubieron perdido sus flores, dijo un día el abuelo a su nieto:

—Hoy será día de miel. Acompáñame a la colmena y podrás ayudarme a sacar la miel.

Con cuidado preparó una palangana de agua, tomó una larga pluma de gallina y encendió algunos trozos de leña seca, que con ayuda de un pequeño fuelle hizo arder y humear en un recipiente. Konrad estaba impresionado por la solemnidad del momento. Aunque hubiese querido saber para qué servía todo aquello, permaneció detrás del

abuelo preguntándose en silencio si le picaría alguna abeja, porque había oído decir que cuando les quitaban la miel se ponían furiosas. Entre tanto, el abuelo había abierto uno de los cajones, tomó el fumigador, echó dos soplos de humo al interior, sirviéndose de la abertura trasera, y volvió a cerrar ésta.

—¿Ves, Konrad? Ahora, las abejas creen que se quema su casita, y corren a las celdillas o alvéolos y chupan toda la miel que pueden, para salvarla. Si ahora abro de nuevo y saco algunos panales, no se enfadarán, porque tienen sus cuerpecillos llenos de miel.

A continuación retiró la puertecilla de detrás. Al extraer un panal, lo halló totalmente cubierto de abejas. Lo mantuvo encima de la caja y golpeó con fuerza el marco de madera del panal. Las abejas repletas de miel cayeron como ciruelas maduras de su árbol cuando uno lo sacude. Y las que no se habían soltado fueron suavemente barridas con la pluma de gallina previamente mojada en agua. El abuelo permitió que Konrad trasladase el pesado panal a una caja. Y así fueron de una familia a otra. Los grupos numerosos proporcionaban más miel que los pequeños. En un enjambre muy reciente, no encontraron nada. Pero a las abejas nunca se les retira toda la miel, porque necesitan una parte para alimentarse en invierno.

—¿Cómo es que mueves las manos tan despacio? En tu taller lo haces todo mucho más aprisa, abuelito...

—A las abejas no les gustan los movimientos bruscos, y en seguida se pondrían a picar.

—¿No te ha picado ninguna hoy?

—No, porque el tiempo es bueno. Si amenazara tormenta, es fácil que ya me hubieran picado una docena de veces.

Konrad, afanado como estaba en ayudar a su abuelo, no se dio cuenta de que una abeja se le enredaba entre los cabellos que le caían sobre la frente. De manera instintiva la quiso ahuyentar con la mano, y en el acto le picó en un dedo. El abuelo ríe al ver la cara de susto de Konrad.

—Tendrías que cubrirte con un sombrero de paja, como hago yo, porque tu pelo rizado es como una telaraña para las abejas.

Konrad sentía un intenso dolor en el dedo.

—Acércame tu mano para que pueda extraerte el aguijón. Has de saber que tiene una especie de garfios semejantes a los de los anzuelos, y por eso siempre queda enganchado. Cuando una abeja ha picado, muere en un breve espacio de tiempo, ya que, al perder el aguijón, sufre lesiones en el interior de su cuerpo.

El abuelo extrajo el pequeño pincho, se lo mostró al niño y agregó:

—No es nada. El veneno de abeja es sano para la sangre. Expulsa los humores malos y le da un bonito color rojo. Corre al prado y restriégate alguna hoja o un poco de tierra húmeda sobre la picadura. Verás como deja de escocerte.

Así lo hizo Konrad, y, en efecto, fue sintiendo alivio.

Trasladada la cosecha a la casa, hubo de retirar con un instrumento especial las tapaderas que cerraban las celdillas de la miel. De no quitarlas, ésta no podría fluir. Cada celdilla llena es cubierta por las abejas con una laminilla de cera. Los panales ya preparados fueron colocados por el abuelo en el extractor de miel, y al hacer girar Konrad la rueda, oyó como el contenido chocaba contra las paredes de las celdillas. Pronto pudo ser abierto el tubito situado en la parte inferior del extractor, y un

dorado manantial se vertió en el caldero ya dispuesto. De vez en vez, cuando Konrad se cansaba de dar vueltas al aparato con el brazo, al cambiar de mano ponía rápidamente un dedo bajo el reluciente chorro: ¡qué rico era aquel dulce oro!

El abuelo se dio cuenta de que el niño detenía con demasiada frecuencia el extractor para concederse una pequeña recompensa, pero le dejó hacer, porque no siempre era día de miel...

A la hora de la merienda, la madre le dio una gran rebanada de pan, que Konrad puso rápidamente debajo de la fuente de miel. Pero, de pronto, el espeso líquido dejó de fluir. ¡Cielos! Había inclinado la cabeza con exceso y la miel estaba pegada en sus cabellos... Tuvo que lavarse la cabeza con agua caliente, antes de dedicarse a saborear su rico bocadillo.

Por la noche, cuando todo el trabajo estuvo hecho, el abuelo introdujo en el caldero de miel el extremo inferior de una cerilla y mostró a Konrad una gota adherida a él:

—¡Mira esta gota! ¿Cuántas flores supones que ha de visitar una abeja para conseguir una gotita así?

El niño reflexionó unos momentos y respondió:

—Quizá diez o veinte.

El rostro del abuelo tenía una expresión seria cuando éste explicó despacio y de manera casi solemne:

—Te equivocas. En esta sola gota está el néctar de muchos miles de flores. ¡Esta perлита dorada contiene el aroma de todo un gran jardín! Con frecuencia, las personas no valoran debidamente la miel. Una vez fui invitado a casa de una familia donde sirvieron miel, y los niños de la casa dejaban más miel en el cuchillo y el plato que la que cien abejas son capaces de recoger en un día.

Ahora comprendió Konrad por qué el abuelo limpiaba siempre cuidadosamente, varias veces, el cuchillo de la miel en el último pedazo de pan, y por qué limpiaba el plato de todo resto de miel.

A partir de entonces, cuando a Konrad le servían miel, hacía lo mismo que el abuelo, y cuando llegaba a la última gota pensaba en las aromáticas flores de los prados, en el sol que permite su crecimiento y en las abejas cuyo regalo deberíamos honrar.



UN RATÓN EN LA COLMENA

En un oscuro rincón del desván de la casa encontró Konrad una colmena hecha de paja, como las que antaño se usaban y aún hoy pueden verse en muchos lugares. El niño la bajó al taller y se la mostró al abuelo, quien dijo que, muchos años atrás, también él las empleaba. Precisamente recordaba un suceso relacionado con una de esas colmenas. Y como Konrad sintiera gran interés en conocerlo, el hombre comenzó su historia:

—En aquella época, yo colocaba las colmenas debajo del tejadillo del granero. Un día, un ratón buscaba para su

nido un sitio bien protegido del gato. Oliscó finalmente el trenzado de paja de una colmena y, con sus dientecillos afilados como agujas, empezó a abrir un agujero. Grande fue la alegría del ratón al comprobar que, al fondo del agujero, había una gran cámara. De un salto se metió en el interior. Las abejas vigilantes descubrieron en seguida que un terrible monstruo se proponía estorbar la paz de la colmena. Todas se abalanzaron sobre el ratón y llenaron su espalda de picotazos. ¡Ay! ¡Cómo se puso a dar saltos en el interior de la colmena! La música de acompañamiento se la silbaba él mismo, y con ello enojó todavía mucho más a la gran familia de abejas. El intenso olor del veneno ya inoculado se extendió avisador por la morada, y una nueva nube de insectos atacó el gris lomo del roedor, dejándolo hecho una pena. El ratón buscaba una salida entre silbidos de desesperación, pero la piquera era demasiado pequeña para él, y ... ¿cómo iba a encontrar el agujero practicado por él mismo, con los saltos de dolor que daba? El veneno de las abejas no tardó en extenderse a todos sus miembros, y el ratón quedó muerto sobre la base de madera de la colmena.

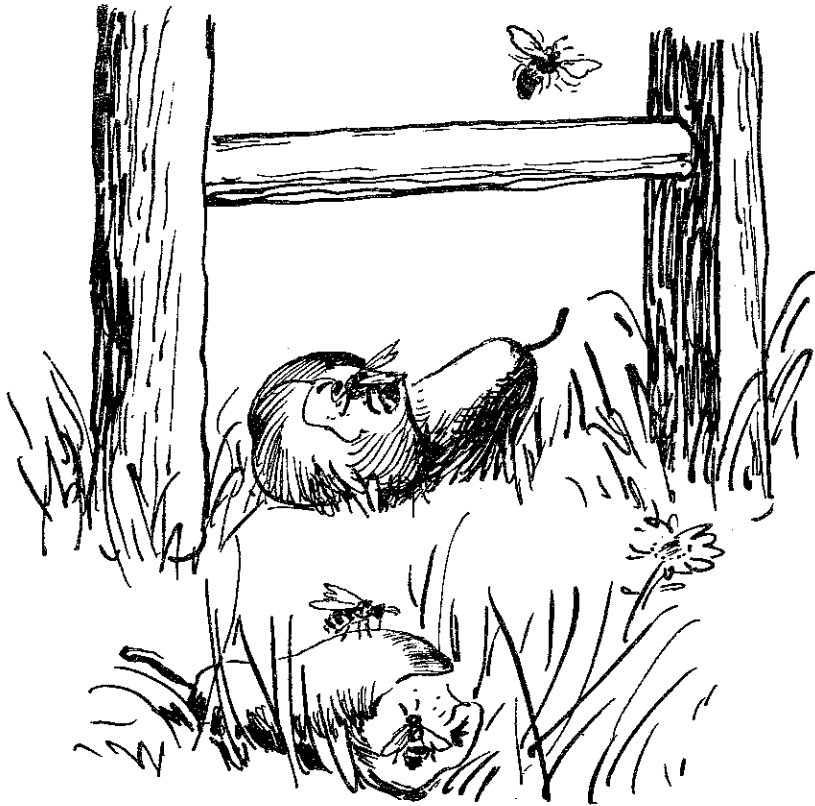
”Se hizo de noche. Las abejas se habían calmado, y también al día siguiente hicieron poco caso de la oscura colina que surgía inmóvil del suelo. La desgracia no se hizo notar hasta pasados varios días, cuando el ratón en descomposición empezó a estropear el dulce aroma de la colmena con su horrible hedor. Cada vez que las abejas regresaban de los olorosos campos, el irrespirable ambiente las dejaba medio atontadas.

”¿Qué podían hacer? ¿Tendría que mudarse toda la gran familia? Para las pequeñas abejas era imposible trasladar el cuerpo muerto, tan voluminoso y pesado.

”Cuando mayor era su desesperación, tuvieron una idea, y como si se hubiesen puesto de acuerdo, las abejas productoras de cera se pusieron a sudar y sudar, y las constructoras comenzaron a levantar alrededor del desdichado roedor una pared de cera y resina, que creció y creció hasta formar una bóveda que cubría el cadáver, y al día siguiente quedó terminada la cámara funeraria. Ni una sola grieta dejaron las aplicadas abejitas, y cuando se desvaneció el mal olor, la colmena se vio de nuevo envuelta en el dorado aroma de la miel.

”Llegó el otoño y, con él, la época en que yo, como joven apicultor, quise echar una última mirada a mis abejas antes de su sueño invernal. Separé de la base de madera la colmena de paja, y entonces descubrí una extraña colina pardusca. Aparté la colmena con sus habitantes y, con el cuchillo, abrí parte del techo de cera. Debajo apareció una piel gris, y al cortar más trozos de cera vi, admirado, que se trataba de un ratón muerto. Sin acercar la nariz lo arranqué de allí con ayuda de una madera. Luego desinfecté bien la tabla y volví a colocar la colmena en su sitio. De no haberseles ocurrido a las abejas la construcción de la cámara funeraria, yo hubiese perdido el enjambre, porque éste habría muerto envenenado por la pestilencia o habría huido de la colmena en busca de aires más puros.

”En otra ocasión tuve noticia de que un apicultor había encontrado, en una de sus colmenas, una pequeña colina de cera. Al quitarlo de allí con su cuchillo apareció un caracol muerto. También a él le habían construido las abejas una cámara funeraria.



ALIMENTACIÓN OTOÑAL

En el huerto maduraban las ciruelas. Konrad había observado varias veces que, al agacharse para coger alguna de las caídas en el suelo, había en ellas una o más abejas que sorbían con su trompa el dulce jugo de la pulpa, después de abrir un hueco en la piel. Un día, el niño ayudaba a su abuelo a apoyar una escalera en el árbol. Había llegado el momento de recoger la fruta.

Mientras el abuelo subía despacio un peldaño tras otro, Konrad trepó a la copa del árbol. Con ello sacudió las ramas, y algunas de las ciruelas muy maduras cayeron al

suelo; en seguida se produjo un intenso zumbido entre las abejas que habían estado saboreándolas y ahora tenían que buscar otras frutas.

De pronto gritó el niño desde arriba:

—¡Las mejores ciruelas están picadas por las abejas, abuelo! ¿Es que no pueden contentarse con las flores y dejar la fruta para los hombres?

El abuelo respondió:

—En los campos ya no queda más que hierba bastante seca. Poco néctar encuentran ahora, porque las flores de los jardines tampoco dan mucho en esta época del año. Por eso acuden las abejas en busca del jugo de las frutas, y de nada sirve querer ahuyentarlas. Al mismo tiempo, esto significa que debo empezar la alimentación en la colmena. Cuando hayamos recogido todas las ciruelas, puedes ayudarme a preparar y limpiar los recipientes.

Entre tanto, Konrad arrancaba desde la copa del árbol aquellas ciruelas que no se alcanzaban desde la escalera, y los cestos que aguardaban sobre la hierba se llenaban cada vez más. Así que tuvieron toda la fruta en la casa, el abuelo descolgó de la tabla la llave de la colmena. En un armario de la casita se hallaban apilados los recipientes que servían para la alimentación. Se trataba de pequeñas cajas de madera. El abuelo explicó:

—Esta cajita se introduce en la parte posterior de cada grupo. Encima de la espita de madera se coloca una botella llena de jarabe de azúcar. Las abejas se acercan y, desde la orilla del diminuto lago, chupan el líquido. Tanto como beben, sale luego de la botella. Con lo que han tomado, regresan a los panales y llenan las celdillas. Cuando éstas están hasta los bordes, las abejas productoras de cera les ponen una tapadera.

—¿No les basta a las abejas la miel que recogen durante el buen tiempo? —preguntó Konrad.

—No olvides que, en la época de la floración, sacamos mucha. De todos modos, a cada familia le queda suficiente cantidad de la propia miel. Si diésemos demasiada agua azucarada a las abejas, se volverían perezosas y debiluchas.

Abuelo y nieto lavaron los recipientes en la fuente, subieron las botellas del sótano y las enjuagaron bien. Cuando las cajitas se hubieron secado al sol, Konrad las trasladó a la colmena, y lo mismo hizo con las botellas. Al anoecer, cuando en la cocina borboteaba un gran caldero de agua, llegó el abuelo con el azúcar. Sacó luego varias hierbas de una lata y las arrojó al líquido. A continuación acercó el bote a Konrad para que lo oliese, y el niño reconoció en seguida el aroma de la manzanilla, que había tomado en infusión un día que tenía dolor de barriga.

—¿A las abejas también les duele la barriga? —preguntó con asombro.

El abuelo se echó a reír.

—No es por eso por lo que echo las flores de manzanilla. Lo hago porque su delicado olor penetra en el agua azucarada, y la savia de sus cabezuelas vigoriza el azúcar. De este modo, el jarabe resulta mucho más digestivo para las abejas y les gusta casi tanto como la miel verdadera.

Cuando fue totalmente oscuro, los dos transportaron la dulce bebida a la colmena. Konrad iba delante con una linterna. Sabía que no era posible alimentar a las abejas mientras hay luz de día, ya que se excitan mucho si, de repente, les llevan tanto néctar. Alguna vez se da el caso de que, al quedar vacío el recipiente de un grupo, las abejas penetran ansiosas en otra colmena, de día, para robar el jarabe. Como es natural, el pueblo atacado se

defiende furioso, y puede producirse una batalla en la que mueran centenares de abejas. Por eso se les introduce el alimento cuando es de noche y ya no salen.

El abuelo y Konrad llenaron las botellas allí mismo. Los pequeños recipientes ya habían sido colocados antes, con luz diurna. Una botella tras otra fue puesta boca abajo en las cajitas, y no tardó en percibirse un leve zumbido indicador de que las abejas, atraídas por el rico aroma, se habían puesto a comer con entusiasmo. Durante toda la noche no dejaron de transportar el dulce alimento a las celdillas. A la mañana siguiente, las cajitas y las botellas estaban vacías. Después de dos días de descanso, las abejas recibieron una nueva dosis de agua azucarada, hasta que tuvieron suficiente alimento para el invierno y todos los panales relucían del dulce jarabe.

En los otoñales campos resonaban ya los cencerros de las vacas cuando, un día, el abuelo retiró los recipientes y las botellas de la colmena. Seguidamente comenzó a meter en cada caja, con sumo cuidado, unos almohadones de paja. Vigilaba que cubriesen bien todo el espacio, y no era raro que pusiera dos, uno encima de otro, porque ninguna familia de abejas debía morir de frío durante el invierno. Luego, ya desde fuera, corrió más las puertecillas de las piqueras para dejar sólo una abertura estrecha, y le dijo a Konrad:

—Ahora ya puede llegar el invierno si quiere. Mis abejas no tienen por qué temerle.



EL INVIERNO SE APROXIMA

Las golondrinas han volado a países más cálidos, porque el invierno está ya muy cerca, y el cerezo se desprende de sus rojizas hojas. Aunque el cielo se muestra azul y nítido, sólo de vez en cuando abandona una abeja la colmena para surcar el aire húmedo y frío. El ganado se alimenta de la corta hierba que cubre los prados. Lejos quedan ya las flores del verano. Aquí y allá asoma tímida, entre la verde alfombra, la mustia florecilla de un cólquico. De pronto parte una abeja de una de las piqueras, y en vano busca en los campos y entre las flores... No hay cáliz que

se le ofrezca. Cerca de un jardín, sus antenas perciben un tenue céfiro. Cual refulgente camino, ese aroma la conduce hasta un arbusto en el que florecen los últimos ásteres. La retrasada abeja se posa contenta en aquellas estrellas de bello color, pero escasa y áspera es la gotita de miel que consigue llevar a casa. Y ha sido la última.

Al día siguiente ya no sale de la colmena ninguna abeja. Una intensa helada ha quebrantado en una sola noche el verdor de los árboles. La escarcha cubre los campos. El alegre sonido de los cencerros ha enmudecido. Ya no hay abejitas vigilantes junto a la entrada. Todas se han retirado al interior.

A primera hora de la mañana, el apicultor cruza la helada pradera hasta la casita para comprobar que cada puertecilla deje pasar la cantidad justa de aire, pero no los cortantes vientos invernales.

Dentro, todo el enjambre se aglomera estrechamente. La reina es rodeada y protegida por su pueblo. Las abejas irradian el calor solar de la miel. Y cuando éstas notan que el suave calorillo las quiere abandonar, caminan hasta una celdilla y sorben de su rico alimento del verano. En seguida vuelven a sentirse llenas de vida. ¡Que venga ahora el invierno y ataque con sus más duras heladas! En la casita de las abejas no cesa el agradable calor.

Las últimas hojas han caído de los árboles. De manera constante bajan flotando del cielo los copos de cristales y cubren el suelo de nieve. Las abejas se sumen en el quieto sueño invernal. Envueltas por el calorillo de la miel dorada, sueñan sin duda con flores de forma de estrella y con los pequeños soles que pueblan los prados.



LA DONCELLA TRIBULACIÓN Y LAS ABEJAS

(Según una antigua leyenda)

Hubo en la Tierra una época en que los hombres vivían atenazados por las preocupaciones, el temor y las penas. Tremendas guerras traían consigo la miseria y las enfermedades. Cuando de nuevo llegó la primavera, las personas era incapaces de alegrarse ante la belleza de las flores o el canto de los pájaros. Ni siquiera se fijaban en el multicolor revoloteo de las mariposas. Si al anochecer veían hundirse el sol en las llameantes nubes, no sentían

nada, y sus almas atormentadas no hallaban belleza en el resplandor de las estrellas. Al término de la jornada, el sueño no les proporcionaba alivio, porque les martirizaban angustiosas pesadillas. Las flores de los prados acabaron por perder su aroma, y se marchitaban antes de abrirse del todo. Lo sembrado en los campos daba cada vez menos fruto. Morían los árboles, y muchos manantiales dejaban de fluir.

Cuando los tiempos son tan malos, pasa por el mundo la figura de una doncella entristecida, que las personas no aciertan a ver. Su nombre es Tribulación. En sus caminos descubre todo el sufrimiento de los humanos. Oye los lamentos de los enfermos y los suspiros de los moribundos; percibe las oraciones y las blasfemias. Pocos hombres lograron descubrir su rostro lleno de dolor. Y si alguien la miraba a los ojos, nunca más podrá experimentar verdadera alegría, según dicen...

En aquellos oscuros días de que hablábamos, la doncella Tribulación dio su más penoso paseo por la Tierra. Sólo oyó palabras amargas y desesperadas, y su corazón no podía ya con tanta pena. Los pasos de la doncella se hicieron lentos y pesados, y la respiración le fallaba. Al fin se dejó caer al suelo en un camino, cerca del mar Muerto. Cuando, poco a poco, volvió a levantar la cabeza, sus ojos anegados en lágrimas recorrieron los campos cubiertos de flores. En aquella hermosura esperaba hallar consuelo. Pero un tenue soplo de aire le transmitió las voces de la naturaleza. Las flores decían:

—Ni un ojo humano ilumina nuestros cálices con el amable rayo de luz de su mirada. Ignoradas nos marchitamos... Los niños han olvidado tejer encantadoras coronas para sus cabecitas, y en los campos de batalla

somos pisoteadas y aniquiladas. La sangre de los pueblos cae sobre nosotras como acre rocío...

Que ni siquiera la naturaleza pudiese ofrecer consuelo, fue demasiado para la doncella. Cual amarga lluvia fluyeron sus lágrimas sobre el prado hasta que, agotada, la joven cayó en un profundo sueño.

Entonces, desde las alturas del cielo descendió hasta ella Dios Padre. Vio cuánto dolía a la doncella la desgracia de los hombres, y fue tanta su compasión, que de sus celestiales ojos brotó una lágrima. Y habló así a la dormida:

—¡Consuélate, doncella Tribulación! Verás mejores tiempos sobre la Tierra. Quiero enviar a la humanidad a mi propio hijo, a Cristo, para que cure sus males.

Dicho esto, desapareció entre las nubes.

La lágrima resbalada de los ojos divinos se convirtió en miles de diminutas gotas que, cual lluvia del cielo, cayeron entre centelleos. Y cuanto más se aproximaban a la Tierra, más agitadas estaban, hasta que, transformadas en incontables abejas, revolotearon entre alegres zumbidos por encima de los prados. En seguida se posaron en las flores, y felices recibieron éstas a las gozosas mensajeras del cielo. De su alegría manó la dulce miel, y estelares aromas se esparcieron por todos los campos de la Tierra.

La doncella Tribulación despertó en medio de la fragancia de las flores y oyó el alegre canto y los zumbidos de las abejas. Sonrió por vez primera en su camino por la Tierra, y dijo:

—Si aquí ya ha hecho su entrada la felicidad del Sol, también penetrará de nuevo en el corazón de los hombres, tal como anunció Dios Nuestro Señor.

En adelante, las abejas acompañaron a la doncella en

su peregrinación por nuestro mundo. Cuando la amargura y el pesar oscurecían su alma, las abejitas le ofrecían un poco de miel solar, y entonces recordaba la promesa del Señor.

Un día, cuando las más negras noches del año se extendían sobre la Tierra, la doncella caminaba por los campos desnudos. De repente descubrió un dorado resplandor en medio de la oscuridad. Era la luz de Belén. La joven quedó admirada y alzó la vista al cielo. Multitud de ángeles subían y bajaban por el firmamento, del cielo a la Tierra y nuevamente hacia las alturas. Se llevaban consigo el dolor de los humanos y volvían con una suave luminosidad que en forma de rocío descendía hasta los hombres y seguía brillando en su interior. Y la doncella se susurró a sí misma:

—¿Volverá a ser la Tierra un lugar celestial?

Siguió el reflejo de la gran luz y llegó al establo donde los pastores acababan de depositar sus regalos a los pies del pesebre: pan, leche y un corderito blanco. La joven se introdujo quedamente en un oscuro rincón y escuchó las sentidas palabras de los pobres pastores, a la vez que su mirada se posaba en el Divino Niño. Pero de pronto notó que sobre el pacífico cuadro flotaba una sombra oscura y amenazadora, y la forma de una cruz quedó dibujada en los nubarrones. Entonces supo la doncella que su peregrinación por la Tierra debía continuar. La negrura arrojaba su sombra sobre la luz, y eso significaba que la Tierra aún tendría que sufrir muchas penas...

Los pastores se despidieron para regresar juntos a sus rebaños. Poco a poco, la doncella se acercó al pesebre. Y el Niño, al verla, la llamó cariñosamente con la manita, se incorporó y dejó que el brillo de sus ojos penetrara en el

alma de la joven. Y ésta tuvo la sensación de que una luz primaveral daba calor a la Tierra dominada por el invierno.

La doncella abandonó el mísero establo. Y desde entonces, cuando sus caminos la conducen de nuevo a través de los pesares y las desgracias de la humanidad, su corazón no se llena sólo de dolor, porque en cada persona adivina una escondida chispa de aquel maravilloso resplandor que vio descender del cielo. Ella la busca, tanto en los seres contentos como en los tristes, y se alegra cuando la ve crecer y brillar más, ya que sabe que las chispas han de llegar a formar una gran llama cuya luz y fuerza iluminará al fin las más negras tinieblas.

Así reza la leyenda.

A lo largo de años enteros, Juan bautizó a orillas del Jordán. Y dicen que el primer manjar que ofreció a Jesús después de su bautizo, fue miel de abejas salvajes. Miel, como el regalo más precioso de la Tierra.

ÍNDICE

Sueño invernal	7
El despertador	11
Pan de sol	15
La prueba	18
Cómo es la vida de una reina	22
Vuelo al sol	26
Las abejas salen de la colmena	29
Un niño en el enjambre	33
Día de la enjambrazón	36
Cómo el enjambre del sótano llega a su nueva casa	40
Un enjambre en el bosque	42
La tarea y los días de las abejas	47
El vuelo al mundo	51
Cómo las abejas multiplican la fruta	54
Hormiga, abeja y mariposa	58
Día de miel	60
Un ratón en la colmena	65
Alimentación otoñal	68
El invierno se aproxima	72
La doncella Tribulación y las abejas	74

